

HARLEQUIN®

Deseo®

OLVIDO IMPOSIBLE

Annette Broadrick

$3.50 U.S.

Olvido imposible
Annette Broadick
Olvido imposible (2002)
Pertenece a la temática "Hombre del Mes"
Título original: Hard to forget (2001)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1093
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Joe Sánchez y Elena Maldonado

Argumento

Nadie quería meterse en líos con Joe Sánchez. Pero una delicia de mujer le hizo caer a sus pies. En una noche mágica y llena de pasión, él tomó la virginidad de aquella muchacha bella y tímida pero, tras el éxtasis, ocurrió un desastre. Joe nunca había podido olvidarla, y cuando Elena Maldonado apareció de nuevo en su vida, en medio de una misión muy delicada, ambos tuvieron que poner a prueba su firme decisión de no enamorarse otra vez.

Joe tenía el instinto y la cautela propios de un agente secreto, y ahora Annette Broadrick - Olvido Imposible

estaban en alerta roja. Sentía el deseo a flor de piel. Tenía que infiltrarse...

en el corazón del enemigo.

Prólogo

Joe Sánchez, de dieciocho años, se miró al viejo espejo de su destartalado vestidor y parpadeó. No reconocía al desconocido que veía. Era la primera noche de su vida que iba vestido de gala. Por supuesto, el traje era alquilado. Le habría costado semanas de trabajo poder comprárselo para ir a la fiesta de graduación del instituto en Santiago, Texas, una pequeña ciudad situada en la frontera con México.

Sonrió al pensar en ello. No recordaba haberse visto nunca sonreír, ni en el espejo ni en una fotografía. Sin embargo, aquella noche tenía algo muy importante por lo que sonreír. Iba a llevar a Elena Maldonado al baile.

Todavía no podía creerse que ella hubiera accedido a ir con él.

Elena llevaba unos meses ayudándolo con inglés e historia. Gracias a ella, estaba seguro de poder graduarse. Iba a ser el primero de su familia en terminar el instituto.

Si se lo hubieran dicho un año atrás, no lo habría creído...

—Sánchez, quiero verlo en mi despacho cuando se haya duchado —le había dicho el entrenador Torres, al terminar el entrenamiento de fútbol americano.

Joe asintió y se dirigió al vestuario junto a los demás miembros del equipo.

Sabía lo que le iba a decir. Los profesores ya le habían advertido que sus notas estaban bajando.

¿Y qué? Llevaba dos años jugando en el equipo universitario. Merecía la pena.

El entrenador Torres lo había puesto de receptor porque corría mucho y atrapaba bien el balón. De hecho, decían que tenía imanes en las manos. Normalmente, si el *quarterback* se acercaba a él, siempre le quitaba el balón.

Sus compañeros cuchichearon a su alrededor, pero él los mandó callar mientras se ponía los vaqueros desgastados y la misma camisa de siempre. Salió del vestuario y se dirigió al despacho del entrenador sabiendo que lo iban a expulsar del equipo.

Torres estaba hablando por teléfono y le hizo una señal para que se sentara. Joe se sentó y observó al entrenador, que tenía los pies

encima de la mesa. Cuando colgó, quitó los pies y se acercó a la mesa, sobre la que apoyó los codos.

—A ver, Sánchez, ¿vas a seguir los pasos de Alfredo?

Joe se quedó perplejo. ¿Qué tenía que ver su hermano mayor en todo aquello?

—¿A qué se refiere?

—Me parece que Al fue condenado por tráfico de estupefacientes a los dos años de salir del instituto. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Veintidós.

—Ya. Y lleva entrando y saliendo de la cárcel los últimos cinco, ¿no es así?

—¿Y?

—¿Es eso lo que tú quieres? —Joe se encogió de hombros. El entrenador Torres no dijo nada. Solo lo miraba fijamente. Joe se revolvió en la silla, cruzó y descruzó las piernas y se quedó mirando la suela del zapato—. Te voy a proponer una alternativa.

Espero que la consideres. Joe, eres inteligente, aprendes las jugadas enseguida, eres un líder nato. Todos los miembros del equipo te siguen. Tienes todo lo que se necesita para triunfar excepto las ganas de hacerlo.

—¿Me está llamando vago?

—No —sonrió el entrenador—. Simplemente, no estás motivado y me gustaría ayudarte a cambiar eso.

—¿Cómo?

—Consiguiéndote una beca para que el año que viene vayas a la universidad.

Joe se quedó estupefacto.

—¿A la universidad? ¿Yo?

—Exacto. Tal y como vas, podrías jugar en profesional en un año. Si tus notas mejoran, claro.

Joe se dejó caer sobre el respaldo.

—Sí, claro.

—¿Tan imposible te parece? —Joe se encogió de hombros—. ¿Cuánto tiempo le dedicas al día a los deberes? —volvió a encogerse de hombros—. Obviamente, viendo tus notas, no el suficiente —Joe no vio la necesidad de contestar. Volvió a mirarse la suela del zapato y se preguntó de dónde iba a sacar el dinero para comprarse otros—. ¿No te crees capaz de hacerlo?

Joe negó con la cabeza sin levantar la mirada.

—Será que yo tengo más fe en ti que tú mismo. Hay una persona que quiere ayudarte a mejorar tus notas, si tú quieres hace el esfuerzo.

—¿Quién?

—Elena Maldonado.

Joe frunció el ceño. No sabía quién era. De repente, recordó que en varias asignaturas coincidía con una chica que se llamaba Elena.

—¿Es esa delgada con pinta de pringada que lleva gafas y tiene pelo de escarola?

—La misma.

Joe se río.

—¿Y se ha ofrecido para ayudarme?

—Sí.

—Estará usted de broma. Ella no… no concede tiempo a nadie. Es como un ratón… se mete en el aula y se pasa todo el rato tomando apuntes.

—Bueno, esos apuntes podrían ser la diferencia entre que te gradúes y vayas a la universidad o te pases la vida en la cárcel junto a tu hermano. Tú eliges. Joe no quería admitirlo, pero la idea de ir a la universidad lo seducía. Era la oportunidad para alejarse de la pobreza de su casa, una oportunidad para hacer algo de provecho, la oportunidad de poder ayudar a su madre, que se había pasado toda la vida trabajando para su hermano y para él—. ¿Qué me dices? Si estás dispuesto a sacar mejores notas, yo haré todo lo que pueda para conseguirte una beca completa para que puedas ir a la universidad. Te lo tendrás que ganar.

Joe comenzó a hablar, pero se le quebró la voz y carraspeó.

—Si a Elena no le importa, me gustaría intentarlo.

—Buena elección, hijo —sonrió el entrenador—. Se lo diré, y ya os pondréis de acuerdo entre vosotros.

Joe salió del despacho desconcertado. Normalmente, se pasaba las tardes por ahí con los amigos, recorriendo la ciudad y pasándoselo bien. Si quería sacar mejores notas, iba a tener que olvidarse de eso.

La idea de la universidad lo hizo sonreír. Tal vez, mereciera la pena.

La verdad era que se avergonzaba de lo que había hecho Al,

aunque no lo culpaba. A su hermano nunca se le había dado bien estudiar. Había dejado el colegio a los quince años porque convenció a su madre de que se pondría a trabajar. No se molestó en decirle que el trabajo no era muy legal. Viviendo en la frontera, había muchas formas de hacer dinero, siempre y cuando no te atraparan.

Al día siguiente, cuando terminó la clase de historia, se acercó a Elena. La había estado observando antes, en la clase de inglés. Aquella chica no levantaba la cabeza y no miraba a nadie. Cuando casi se chocó con ella en el pasillo y vio que se ruborizaba supo que el entrenador había hablado con ella.

Se acercó a ella mientras Elena dejaba los libros sobre la mesa.

—Hola —la saludó.

—Hola —contestó ella sin levantar la mirada.

—El entrenador me ha dicho que quieres ayudarme con mis notas.

Elena asintió.

—¿Dónde quieres que quedemos? ¿En tu casa o en la mía?

Elena levantó la cabeza de un respingo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—En mi casa, no podemos. A mi... padre no le gusta que venga gente.

Joe sabía que no era cierto. Su padre no solía trabajar y se pasaba el día de bares. No quería que él estuviera delante si su padre volvía borracho a casa.

No la podía culpar por ello. Al menos, ella tenía padre. El suyo se había ido cuando él tenía cinco años y casi no se acordaba de él.

—¿Quieres que vayamos a mi casa, entonces? —preguntó, avergonzado de que fuera a ver el cuchitril en el que vivía. Sabía que su casa era mucho más bonita.

Vivían a las afueras en una casa grande que su padre había heredado.

—¿Y si estudiamos aquí? Podemos quedar en la biblioteca o en la cafetería.

—De acuerdo, lo que a ti te parezca bien. ¿Cuándo empezamos?

—¿No tienes entrenamiento?

Joe asintió.

—Termino a las cinco. Podríamos quedar luego.

—De acuerdo —contestó ella bajando la cabeza.

—¿Hoy?

—Sí.

Le había llevado varias semanas conseguir romper la coraza que la envolvía.

Descubrió que tenía un carácter maravilloso y un estupendo sentido del humor. Le encantaba su alegría y su vulnerabilidad.

Era demasiado delgada, tenía una densa mata de pelo y siempre llevaba unas gafas demasiado grandes en la punta de la nariz. Sin embargo, lo miraba de una manera que hacía que a él se le acelerara el corazón.

No recordaba cuándo había empezado a tener pensamiento eróticos con ella.

¿Cómo sería besarla? ¿Qué haría Elena si intentara tocarla? ¿Tendría algún día la oportunidad de hacer el amor con ella?

Por primera vez en su vida, una chica le importaba más que el fútbol o salir con sus amigos. Hacía meses de aquello e iban a ir juntos a una fiesta.

Se miró por última vez en el espejo y fue a la habitación donde su madre le estaba zurciendo una camisa.

—¡Joe, qué guapo estás! —exclamó ella poniéndose la mano en el pecho—. Me he quedado sin respiración.

Joe se inclinó y la besó en la mejilla.

—Gracias. Y gracias por conseguir que el tío Pete me deje su coche.

Su madre lo miró por encima de las gafas.

—Será mejor que no le hagas nada.

Joe levantó una mano.

—Prometo cuidarlo.

El coche era viejo, pero tenía ruedas, que ya era suficiente. No le iba a decir a Elena que tenían que ir andando a la fiesta de graduación.

Salió de la ciudad en el viejo Plymouth y tomó la carretera que llevaba a su casa. Era la primera vez que iba. No sabía qué lo ponía más nervioso: haber quedado con una chica decente, conducir un coche prestado, o tener que conocer a sus padres.

Subió las escaleras del porche y llamó a la puerta. Antes de que le diera tiempo de respirar, le abrieron.

Elena llevaba un sencillo vestido negro de tirantes muy finos que le dejaban al descubierto los hombros. Le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida y marcaba las curvas de su delgado cuerpecito hasta los tobillos. Llevaba el pelo recogido y unos cuantos rizos le enmarcaban el rostro. Las gafas, en la punta de la nariz.

En ese preciso momento, Joe se dio cuenta de que estaba enamorado de Elena Maldonado.

Elena se quedó sin aliento cuando vio a Joe en la puerta. Siempre lo había visto con vaqueros desgastados y camisetas viejas. No podía creer lo diferente que estaba.

Más sofisticado. Guapo a rabiar.

—Pasa —le dijo haciéndose a un lado.

Joe pasó a su lado y Elena percibió un olor a loción para después del afeitado que no había percibido antes. Sintió que le flaqueaban las piernas. Se sentiría como una idiota si se desmayara en sus brazos sin ni siquiera haber salido de casa.

Elena nunca olvidaría lo bien que estaba con aquel esmoquin alquilado. La camisa blanca resaltaba el color moreno de su piel y el traje le enmarcaba los hombros y las caderas.

Se sintió como si la hubieran hechizado y se preguntó si no estaría soñando.

Ir a la fiesta de graduación con Joe Sánchez era muy importante para ella, porque era la primera cita que tenía en su vida. Cuando quedaban después de clase para hablar de inglés o de historia no contaba.

Ni siquiera había querido hacerse ilusiones cuando comenzó a ir a buscarla, entre clases, para acompañarla a la taquilla a cambiar los libros.

Sin embargo, cuando le había pedido que fuera con él a la fiesta de graduación, sus ilusiones se dispararon. Sabía que no era guapa, como otras chicas. A pesar de que le habían quitado la ortodoncia de los dientes hacía dos años, le costaba sonreír.

No sabía de qué hablar con los demás, que parecían seguros de sí mismos, así que se limitaba a ir a clase y no hablaba con nadie.

Durante las tres semanas que habían transcurrido desde que Joe le había pedido que fuera con él y la noche en cuestión, Elena se había convertido en otra persona y lo sabía. Se había sentido

importante y guapa por primera vez en su vida. Había dejado de ir por ahí con la cabeza baja y había empezado a saludar a sus compañeros, que se habían quedado perplejos.

No le costaba sentarse con más gente en la cafetería y escuchar sus conversaciones. Seguía sin hablar mucho, pero escuchaba y asentía. Y se reía mucho más porque estaba feliz.

Cuando le habían preguntado si iba a ir a la fiesta y ella había contestado que sí, que iba con Joe Sánchez, la gente se había quedado bastante sorprendida porque Joe era conocido en el instituto. Era un poco salvaje y eso le confería una condición especial. No salía con chicas del instituto, solo con chicas mayores de la ciudad.

Elena y su madre habían ido a San Antonio a comprar el vestido. Era recto y negro hasta los tobillos, con una raja hasta la rodilla para que se pudiera andar.

Llevaba tacones para no pisarse el dobladillo. Su madre la había peinado.

Sabía que las gafas no quedaban bien, pero no veía nada si se las quitaba. Ni siquiera el hecho de tener que llevar aquellas odiosas gafas le había estropeado el momento en el que había abierto la puerta y había visto la expresión de Joe. Se había quedado sorprendido, anonadado, y durante toda la noche no se había separado de ella.

El único momento desagradable se había producido cuando tres amigos de Joe se habían acercado y habían hecho comentarios enojosos, que ella no había entendido. Mientras bailaban, le había preguntado qué habían dicho, pero Joe se limitó a encogerse de hombros y asegurarle que sus amigos eran una panda de estúpidos.

Joe estaba de lo más relajado, pasándoselo bien hasta que habían aparecido. No sabía porqué habían entrado ya que ya no estaban en el grupo. Los había considerado amigos suyos hasta que, en otoño, cambió su estilo de vida y empezó a estudiar.

No les había gustado que dejara de salir con ellos. Con el paso de los meses, Joe se había dado cuenta de que eran unos pringados que hacían cosas estúpidas y que se metían en problemas sin otro motivo que el aburrimiento.

Su vida era diferente. Hacía una semana, el entrenador Torres le había dicho que había aprobado su beca y que iría a la universidad

en Texas. Le había comentado también la posibilidad de alistarse en la academia militar de la universidad. De repente, Joe veía que tenía un futuro lejos de aquellos gamberros.

Elena se dio cuenta de que Joe estaba más callado desde el episodio con sus amigos. Al poco tiempo, Joe le dijo que se fueran de la fiesta y ella estuvo de acuerdo.

No se le daba bien bailar con tacones altos. En cuanto se metió en el coche, se los quitó.

Él se quitó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Se miraron y se rieron.

—Me lo he pasado muy bien, Joe. Gracias por invitarme y por las flores —le dijo.

Joe le había regalado un ramillete de gardenias para la muñeca. Eran sus flores preferidas.

—¿Te tienes que ir ya a casa? —preguntó él mirando el reloj.

—No —contestó. Su madre le había dado permiso para llegar tarde porque decía que aquella fiesta era una vez en la vida y esperaba que su padre estuviera dormido para cuando ella llegara, así que cuanto más tarde, mejor.

—Había pensado que fuéramos al dique un rato... —Elena sintió que se le aceleraba el corazón y se quedaba sin respiración. El dique era donde iba la gente a besarse. Ella no había estado nunca, pero lo sabía—. Si no quieres ir, no pasa nada —

dijo Joe. Elena se dio cuenta de que no había contestado.

—Sí, sí quiero ir.

—Estupendo —contestó él sonriendo. Ante su respuesta, la besó suavemente.

¡Entonces sí que Elena sintió que le faltaba el aire! Se obligó a calmarse y le puso la mano en el pecho. La tranquilizó notar que el corazón de Joe también latía a mil por hora.

Cuando él se enderezó, la miró un buen rato antes de arrancar el coche.

Al llegar al dique, Elena entendió por qué decían que era un sitio muy bonito.

Estaba en un alto y desde allí se divisaban las luces de Santiago e incluso las del otro lado del río, en México.

No le sorprendió que hubiera más coches aparcados. Joe apagó el motor y el silencio se apoderó del coche. Bajaron las ventanas y

entró una brisa muy agradable.

Joe echó el asiento hacia atrás y se quitó la chaqueta.

—Yo, eh... nunca he traído aquí a nadie —dijo con la voz un tanto forzada.

—¿De verdad? Yo habría dicho que una estrella del fútbol como tú vendría todos los fines le semana —bromeó ella sorprendida de poder nacerlo.

Joe se desabrochó otro botón de la camisa.

—En realidad, el fútbol me tiene muy ocupado en otoño, pero, desde entonces, me he dedicado más a los deberes. ¿Y tú?

—También tengo muchos deberes.

—No, me refiero a que si has estado aquí antes.

Elena se rió. No pudo evitarlo.

—¿Quién iba a traer a alguien como yo aquí?

—¿A qué te refieres con eso de «alguien como tú»?

Ella se encogió de hombros.

—Por si no te has dado cuenta, no soy muy conocida en el colegio.

—Podrías serlo.

—¿Cómo?

—Relajándote un poco y haciendo amigos. Últimamente, te he visto con unas chicas en la cafetería y parece que les caes bien.

—Creo que sí.

Joe le pasó el brazo por los hombros.

—Me alegro de haberte conocido, Elena. Me has ayudado a plantearme la vida de una manera completamente diferente. Tú tienes ambición, quieres ir a la universidad y hacer algo con tu vida.

—Querrás decir que voy a intentarlo en la universidad.

—Como todos. Nunca me había planteado seguir estudiando hasta que el entrenador me hizo rellenar unas cuantas solicitudes y tú y yo nos hicimos amigos.

Me acabo de enterar de que me han aceptado en A & M.

—Joe, eso es estupendo!

—Antes, a mí no me lo habría parecido. Solo quería quedarme aquí y buscar un trabajo.

—Me alegro de que hayas agrandado tus expectativas —dijo, acariciándole la mandíbula con el dedo—. También me alegro de

que me consideres tu amiga.

Joe le agarró la mano y le besó las yemas de los dedos.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer después de la graduación?

—Me han aceptado en la George Washington, en DC. Me han concedido una beca y un par de subvenciones. Además, mi madre me ha dicho que ha ahorrado algo.

Joe le tomó la cara entre las manos y la miró muy serio.

—Elena, quiero que seamos mucho más que amigos.

—¿De verdad?

—Sí —contestó él, besándola con mucha más seguridad y pasión que la vez anterior.

Elena nunca se había sentido así. No podía parar de tocarlo. No podía pensar, solo sentir. Sabía que el aroma de su loción para después del afeitado siempre le recordaría aquella noche mágica. Al terminar de besarse, ambos tenían la respiración acelerada. Estaba muy oscuro y no le veía la cara, pero sabía que Joe estaba tan alterado como ella.

—Aquí no hay mucho sitio con el volante. ¿Quieres que nos vayamos a la parte de atrás?

Elena asintió. Como el coche era de dos puertas, Joe echó un asiento hacia delante y la ayudó a pasar, tras lo cual la siguió.

Se acomodó en el asiento de atrás y la colocó encima de él.

Elena nunca había estado tan cerca de nadie. Se le había abierto la parte de arriba del vestido. Menos mal que Joe no lo veía.

Pronto, aquello dejó de importarle. A medida que se fueron besando y acariciando, la camisa de Joe y la parte de arriba de su vestido se convirtieron en obstáculos. Joe le bajó la cremallera del vestido y ella le desabrochó apresuradamente los botones de la camisa y se la quitó. Joe le desabrochó el sujetador torpemente y no quedó nada entre ellos. Piel y piel.

Elena se quedó sin aliento cuando Joe le tocó un pecho. La acariciaba tan suavemente, con tanto cuidado, que lo único que deseaba ella era que no parara.

Notaba lo excitado que estaba a través de la tela del vestido y de su pantalón.

El siguiente beso de Joe la hizo arder en deseo. Cuando él deslizó la mano por su muslo hasta sus braguitas, ella le apretó la mano porque quería seguir sintiendo aquella magia.

Entre sus respiraciones entrecortadas, oyó que él se bajaba la cremallera del pantalón y supo que, si no lo paraba, iban a hacer el amor. Se dio cuenta de que no le importaba. Solo quería seguir estando cerca de él. Joe le bajó las braguitas y se las quitó. La elevó un poco y la colocó sobre su erección.

Elena abrió las piernas para dejarlo entrar. La repentina invasión y el tamaño la sorprendieron. Dolía y cerró las piernas para intentar pararlo, pero era demasiado tarde. Joe levantó las caderas con fuerza y la apretó contra sí con tanta fuerza que ella no se podía ni mover. ¿Por qué habría pensado que quería hacer el amor con él?

Aquello dolía. Era demasiado grande. Intentó quitarse, pero él la había agarrado de las caderas y se movía rítmicamente. Dio una embestida final y se dejó caer contra el asiento.

En cuanto la soltó, Elena se quitó de encima v se puso bien el vestido para intentar taparse.

Pero, de repente, vio tres linternas y oyó risas.

—Muy bien, tío. ¡Sabíamos que podías hacerlo!

—Bueno, me parece que, al final, has ganado la apuesta. ¡Siempre presumiste que podrías hacértelo con ella y lo has hecho!

—¿Quién iba a decir que llegarías tan lejos en la primera cita? Todo un récord.

Muy bien, tío.

En cuanto vio las luces, Joe saltó y tapó a Elena, pero ya le habían visto los pechos desnudos. Aullaron y gritaron, haciendo comentarios obscenos mientras él la ayudaba a vestirse.

Joe se vistió a toda velocidad, echó el asiento hacia delante y salió del coche. Los chicos huyeron corriendo y él los siguió.

Elena estaba anonadada de sorpresa y humillación. ¿Habían hecho una apuesta? ¿La había invitado a la fiesta y había hecho el amor con ella por una apuesta?

Se pasó al asiento del copiloto y se apoyó contra la puerta mientras esperaba a que él volviera y la llevara a casa. Si conseguía sobrevivir a aquella maldita noche, no volvería a hablarle en su vida.

Al final, Joe volvió. Al abrir la puerta, se encendió la luz del interior y ella giró la cara para no mirarlo. Aun así, vio que estaba despeinado y que tenía una herida en la mejilla.

Joe cerró la puerta, pero no puso el coche en marcha. Respiraba

con dificultad.

Suspiró.

—No me puedo creer lo que han hecho. Estaban borrachos y enfadados conmigo por haberme ido de la pandilla. Ha sido su forma de vengarse, pero no es justo para ti. Si te sirve de algo, les he dicho lo que pienso de ellos. No sé cómo pude considerarlos una vez amigos míos.

—Por favor, llévame a casa —susurró ella.

—Claro —contestó él arrancando el coche—. Siento muchísimo que nuestra noche haya terminado así.

Elena no contestó. No podía. Tenía que concentrarse en no llorar. No quería humillarse más

—Déjame aquí —le dijo al llegar delante de su casa.

Joe se paró.

—Deja que te acompañe…

Eso fue lo último que oyó Elena antes de dar un portazo y salir corriendo hacia la puerta de su casa sin mirar atrás.

Joe la observó desgarrado. Nunca se había visto en una situación así. Se había acostado con otras chicas, pero aquella había sido la primera vez que había hecho el amor. No se había podido controlar. Sabía que le había hecho daño, que era su primera vez.

Si aquellos estúpidos no hubieran aparecido, le habría explicado que había perdido el control por lo que sentía por ella. Quería haberle dicho que era muy especial para él.

Tendría que esperar al lunes. Tal vez, entonces estaría más calmada y querría escucharlo.

Por desgracia, nunca pudo hablar con ella.

Capítulo 1

Once años después.

El sonido de sus tacones, sobre el suelo impoluto del pasillo, la asustó.

Preferiría llegar de puntillas a la reunión que se iba a celebrar, a las nueve en punto, en Quántico, Virginia, la central del FBI.

En los siete años que llevaba trabajando como analista, no había estado nunca en aquella parte del edificio. No tenía ni idea de por qué querían que fuera a una reunión con Douglas Wilder y su grupo. Le picaba la curiosidad.

Miró el reloj y se dio cuenta de que podía pasar por el servicio para comprobar que su imagen era tan profesional y competente como requería la ocasión de conocer a Wilder. El agente especial Wilder era el jefe de un equipo de agentes entrenados para trabajar mezclados entre la gente. Ella se encontraba más cómoda trabajando entre hechos, cifras y datos. Había ido a la academia como todos, pero se había sentido muy aliviada cuando le habían dado el puesto que tenía.

Se había dado cuenta, hacía mucho tiempo, que se sentía mejor observando que tomando parte en las cosas. Le gustaba buscar información y presentar informes sobre las actividades ilegales. Estaba acostumbrada a trabajar sola. Desde que la noche anterior la habían llamado a su casa, no había parado de pensar en para qué querría verla el agente especial Wilder.

Al entrar en el baño, comprobó, para su alivio, que estaba vacío. Bien. Prefería no ver a nadie tan temprano. Respiró hondo. «Puedes hacerlo», se dijo. Intentó tranquilizarse. Supuso que querrían verla para que les explicara algún dato de algún informe. No había motivo para alarmarse. Era una profesional competente. El único problema era que no estaba acostumbrada a trabajar en equipo.

Pasó las manos y las muñecas bajo el agua fría y se secó. Se miró por última vez al espejo.

Se colocó bien el cuello de la camisa blanca que llevaba y se ajustó el cinturón del pantalón, negro como la chaqueta.

Solo el pelo no le gustaba. Aquellos rizos siempre le habían dado guerra. Se lo había recogido en un moño bajo, pero ya se le estaban

saliendo algunos mechones.

Sintió un sudor frío en la espalda.

Se miró a los ojos, verdes, y los cerró a medias para parecer más dura. Le habían dicho que tenía unos ojos muy seductores. ¡Seductores! Lo último que necesitaba.

Miró el reloj. Debía irse. Se puso un mechón detrás de la oreja y se aseguró de no tener barra de labios en los dientes. Tomó aire, abrió la puerta, salió al pasillo y se dirigió al lugar de la reunión.

Se paró en la puerta y miró a su alrededor. Siete agentes, todos hombres, y solo conocía a uno. Chris Simmons. La miró desde la máquina de café y la sonrió sorprendido. Sirvió otra taza y fue hacia ella.

—Hola, intrusa. Bienvenida a nuestra zona del mundo —la saludó dándole una de las tazas.

Se había acordado de que ella necesitaba un café para empezar a funcionar. Se lo agradeció. Aquella mañana no había tomado una segunda taza para no llegar tarde.

—Gracias, Chris —le dijo sonriendo y dando un trago.

—Ven, hacía tiempo que no nos veíamos. Vamos a sentarnos —Elena lo siguió

—. ¿Y qué te trae por aquí?

—No tengo ni idea —contestó ella encogiéndose de hombros—. Me dijeron que viniera y aquí estoy —dijo mirando a su alrededor. Los demás agentes ya se habían servido café y estaban sentándose, sacando cuadernos y bolis—. Me lo dijeron ayer por la noche.

Chris le indicó que se sentara y se sentó a su lado.

Eran amigos desde la academia. Incluso habían salido juntos, pero de mutuo acuerdo habían decidido dejarlo para que su relación no interfiriera en sus carreras.

Elena no se arrepentía de ello.

Le gustaban sus rizos rubios y su sentido del humor. Había sido uno de los pocos hombres de su clase que la habían animado durante su paso por la academia.

—Llevábamos meses sin vernos. ¿Qué te parece si vamos esta noche al cine?

—Me parece bien. A no ser que tengas que irte pitando después de la reunión

—contestó ella. Elena sabía que había muchas posibilidades de

que así fuera.

En aquel momento, Douglas Wilder entró en la estancia con una voluminosa carpeta y se sentó en la presidencia de la mesa.

—Bueno, aquí está, chicos. El departamento de inmigración me ha pedido que nos hagamos cargo de una situación un tanto delicada en la frontera de Texas con México.

Todos se rieron al unísono. Uno de ellos preguntó si era el día de los inocentes.

Estaban a mediados de mayo.

Se sabía que, normalmente, los diferentes servicios no se pedían ayuda entre sí, porque quedaba muy mal dar a entender que no podían resolver las situaciones solos.

—Me alegro mucho de haceros reír tan temprano —dijo Douglas abriendo la carpeta y pasando un informe a cada uno—. Aquí tenéis un poco de historia para que sepáis a lo que no enfrentamos en esa zona.

Los agentes se irguieron en sus sillas. Elena sabía lo suficiente de Wilder como para saber que no gastaba saliva a lo tonto. Cuando él hablaba, los demás escuchaban.

—En los últimos años ha aumentado el tráfico de mercancías y de personas desde México a los Estados Unidos, desde Texas a California. A pesar de las patrullas de fronteras, cada vez entran más drogas y más ilegales. Entendemos su situación.

Sabemos que el peso se ha devaluado y que sufren una gran sequía, como la que sufrimos nosotros en los estados del suroeste. Sin embargo, ignorando el problema no vamos a conseguir que se resuelva.

Mientras Doug seguía con su exposición, Elena pasó revista a lo que estaba escuchando. Sabía muy bien de lo que estaba hablando. Santiago había sido en sus orígenes una comunidad agrícola. Cuando ella era pequeña, los temporeros llegaban allí al comienzo de la época de recolección e iban trasladándose a los estados del norte a medida que iba pasando la estación. La última vez que había ido a ver a su madre, Sara le había contado que cada vez había más inmigrantes ilegales y más droga. Lo que estaba oyendo, no le sonaba a nuevo.

—Lo que nos han encargado —concluyó Douglas— es que investiguemos por qué el departamento de inmigración y el

departamento antidroga no están deteniendo a más gente. Parece ser que podrían estar sobornando a algunos agentes.

Hemos decidido que tiene que ir gente nueva, a la que no conozcan. A ninguno nos gusta pensar que los agentes se prestan a este tipo de cosas, pero sucede. Os he elegido para que os hagáis cargo de este caso. Tenemos que averiguar si algún agente está implicado y denunciarlo. Lo que os he dado es información sobre lo que los dos servicios han estado haciendo hasta la fecha. Este es el plan. Tengo una lista de posibles sospechosos, personas que fueron detenidas y liberadas por falta de pruebas, que tienen conductas sospechosas y a las que tienen que vigilar agentes de confianza — añadió Wilder mirando por primera vez a Elena—. Supongo que se estará preguntando qué hace usted aquí.

Elena estaba tensa. Se había dado cuenta de que no estaba allí para explicar nada de ninguno de sus informes. Se le había formado un nudo en el estómago.

Sonrió para intentar h altar los nervios.

—En efecto, señor, me lo estaba pregúntelo.

—Si miran en la página catorce del informe, verán que mucha de la actividad se está llevando a cabo en Santiago, Texas, una población situada entre Río Grande City y Laredo, justo en la frontera. Hace dieciocho meses, inauguraron un puente para facilitar el transporte de productos entre los dos países. Varios de los sospechosos de la lista viven en esa zona. Por suerte, me parece que tenemos una buena vecina entre nosotros. Elena es de Santiago.

Elena se apresuró a abrir el informe y a leer la lista para no tener que mirar a los demás agentes.

Wilder continuó hablando.

—Al enterarme de que una de nuestras agentes era de allí, supe que jugábamos con ventaja. Tenemos una agente que conoce la zona y que se puede mezclar con los de allí sin levantar sospechas. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Todos actuaréis como agentes secretos y Elena será nuestro topo. Nos pasará toda la información que pueda, mientras los demás trabajamos en las demás poblaciones de la zona. El plan es que Elena pase unos meses viendo a amigos de la infancia, vecinos y compañeros de colegio, recabando toda la información posible.

Esperaremos a que entre en contacto con los que están llevando a cabo las actividades ilegales y descubriremos qué agentes están aceptando sobornos.

Uno de los agentes levantó la mano.

—¿Y no sabrán en Santiago que Elena trabaja para el gobierno?

—No. Cuando me vine a trabajar aquí, preferí decir que era contable en una pequeña empresa de Maryland —contestó ella.

—La coartada será que esa empresa se ha vendido y tú has vuelto a casa con una buena indemnización —apuntó Wilder—. No hay nada extraño en volver a casa mientras se busca otro trabajo.

Miró a Elena para ver si le parecía bien y ella no tuvo más remedio que asentir.

—Estudiad la lista de sospechosos. Quiero que lo sepáis todo sobre ellos y ellas, porque veréis que también hay mujeres.

Esperó mientras los agentes echaban un vistazo. Elena vio varios nombres que conocía.

—¿Cómo quiere que lo hagamos, señor? Si trabajo desde dentro, no podré comunicarme con los demás —apuntó Elena.

—Sam Walters será el jefe de grupo allí y hablará directamente conmigo. Tu contacto directo será Chris Simmons. Podrías ir a hacer compras regularmente a San Antonio, y allí quedarás con Chris para darle la información. Él estará en contacto con Sam —contestó Wilder—. Lo que queremos es enterarnos de cuándo entra algún cargamento. Tendréis que haceros pasar por operarios de la luz, la televisión, el gas o el teléfono. Así, será creíble que estéis en mitad del campo a cualquier hora del día o de la noche. Haced todo lo que sea necesario para meteros en algún grupo. Unos estaréis al norte de Santiago y otros, al sur. Lo más importante es que no tengáis ningún problema con la policía local, porque no podéis decirles para qué habéis ido.

Tened los ojos bien abiertos —añadió mirándolos a todos—. ¿Alguna otra pregunta?

Elena pasó la página y se quedó de piedra, creyó estar alucinando. No podía ser verdad.

Joseph Sánchez. ¿Joe Sánchez estaba viviendo en Santiago? ¿Desde cuándo? No se lo podía creer. Era uno de los sospechosos.

Leyó el informe de cabo a rabo. *Veintinueve años. Retirado del ejército con el grado de comandante. Reside en Santiago, Texas*. En la

foto, sus ojos negros no tenían expresión. Llevaba el pelo mucho más corto de como ella lo recordaba. Sin embargo, seguía teniendo la mandíbula altiva, el hoyuelo en la barbilla y el leve ceño que hacía que sus cejas terminaran en pico. No había duda. Era él.

Tenía la espalda más ancha y musculosa, lo que no le sorprendió. Ella también había cambiado mucho en los últimos once años. Cambios no solo físicos.

Los demás estaban preguntando y hablando. Intentó concentrarse en la conversación, pero no podía. Solo tenía ojos para aquella fotografía y notó que el corazón le latía a toda velocidad.

No había vuelto a acordarse de él en años. No lo había vuelto a ver después de la graduación. En aquellos momentos, había rezado para no volverlo a ver en su vida.

Joe Sánchez le recordaba el peor momento de su vida. Siempre se había mostrado tímida con los chicos, nunca había creído poder fiarse de ellos. Había visto que los problemas de su padre, su afición a la bebida y las mentiras que contaba, disgustaban a su madre. Nunca creyó nada de lo que decía su padre.

Joe le había parecido muy diferente a su progenitor. Durante varios meses, fue confiando en él y pensando que no todos los hombres eran como su padre. Joe la había decepcionado en tantos aspectos la noche de la fiesta de graduación, que había decidido no dejar nunca que ningún otro hombre le importara para impedir que le hicieran daño.

Se había concentrado en su profesión. Sabía que aquella misión era la más importante que le encargaban desde su incorporación. Tenía que volver a casa fingiendo que había perdido su trabajo, algo que hería su ego.

Además, le encargaban que se aproximara a Joe Sánchez, sospechoso de narcotráfico, y que descubriera todos sus secretos para, luego, traicionarlo.

Irónico.

—Muy bien —finalizó Wilder—. Eso es todo lo que tenía que deciros. Elena, me gustaría hablar contigo.

Cuando todos los agentes salieron, Wilder cerró la puerta y se giró hacia ella.

—Perdón por soltártelo así —dijo, sentándose en la silla que Chris había ocupado—. Me hubiera gustado decírtelo anoche

cuando te llamé, pero no podía arriesgarme a que hubiera alguien escuchando. Sé que es una misión difícil pero, por lo que he oído de ti, creo que podrás hacerlo. Espero que estés de acuerdo.

Elena apartó la silla de la mesa para mirarlo de frente.

—Sí, señor, yo también lo creo. Gracias por confiar en mí.

—Quiero que sepas que nadie fuera del grupo sabrá que estás trabajando con nosotros. Ningún otro departamento tendrá tu nombre. Hemos hecho todo lo que hemos podido para protegerte.

—Gracias.

—Parece ser que uno de los sospechosos se graduó contigo. ¿Correcto?

—Sí, señor.

—¿Lo conocías bien?

Elena pensó en varias contestaciones, pero prefirió ser ambigua.

—Era un instituto pequeño y conocía a todo el mundo.

Wilder asintió.

—Entonces, ¿no te costará entablar contacto con él?

—No creo —mintió.

—¿Cuándo puedes irte? —preguntó él, levantándose.

Se tocó la frente porque estaba empezando a tener un terrible dolor de cabeza.

—Mañana o pasado mañana. Tengo que hablar con mi madre para que lo prepare todo para mi vuelta a casa —contestó mirándolo—. ¿Seguro que serán varios meses?

—Seguro.

Elena suspiró y se masajeó las sienes.

—¿Le supone esto algún problema personal?

—No, señor —mintió. Tenía que poder con la situación. Era una profesional.

—Buena suerte —le deseó Wilder estrechándole la mano.

—Gracias, señor.

Salieron juntos de la sala de reuniones.

Elena tenía que irse a hacer el equipaje. Tenía que hablar con su madre. Y, sí, iba a necesitar toda la buena suerte del mundo. En los próximos meses, iba a tener que investigar al hombre que la había hecho sufrir tremendamente. Si las sospechas sobre él eran ciertas, ella sería parte del equipo que iba a desenmascararlo.

Mientras caminaba hacia su despacho, no podía parar de

repetirse mentalmente un refrán.

Quien ríe el último ríe mejor.

Bueno, el ex comandante Joe Sánchez y ella iban a descubrir pronto si era cierto.

Capítulo 2

Una semana después, Elena estaba sentada al final de la barra de una cantina llena de humo en Santiago, Texas, observando a los de allí mientras bebían y hablaban.

Había llegado hacía cinco días y ya le estaba dando la claustrofobia.

Se le había olvidado cómo era la vida en una ciudad pequeña, donde todo el mundo lo sabe todo sobre una persona y sobre su familia, y donde no importa hacer preguntas personales como si tal cosa. Por mucho que lo intentaba, sus contestaciones parecían un poco maleducadas.

Su madre no hacía más que decirle que la gente le preguntaba por su vida porque se preocupaba por ella.

Sin embargo, ella hubiera preferido que no se preocuparan tanto.

En los días que llevaba allí, había tenido que explicar a todo el mundo por qué había ido a ver a su madre, por qué había decidido volver a casa al quedarse sin trabajo, qué había estado haciendo los últimos tres años, por qué no se había casado y si pensaba quedarse para siempre.

Para colmo, ni rastro de Joe Sánchez. Lo que sí había oído era que habían abierto nuevas fábricas justo al otro lado de la frontera, y que los residentes mexicanos estaban ayudando a la economía de la ciudad porque cruzaban para hacer allí sus compras.

Allí sentada había oído a los habitantes de Santiago quejarse del ruido que hacían aquellos camiones tan grandes, que no paraban de pasar por las noches hacia el norte.

Aquella era la segunda noche que se sentaba en la barra de aquel bar. La gente se había acostumbrado a su presencia, ya no era novedad y la ignoraba. Tal y como Wilder y ella habían esperado.

No había oído nada sobre tráfico ilegal en la frontera. Wilder tenía razón. El caso iba para largo.

Había cambiado los trajes por unos vaqueros desgastados, las blusas de seda por camisetas y los zapatos de cuero negro por sandalias. Llevaba la pistola en el bolso porque, al no llevar chaqueta, no podía llevarla en otro sitio.

La noche anterior, la primera que había ido a la cantina, le había sorprendido gratamente que el dueño fuera Chico Morales, uno de sus compañeros de clase. Así, había podido preguntarle por los demás sin despertar sospechas. Incluido Joe Sánchez.

Chico se había mostrado de lo más efusivo al verla y no había parado de insistir en lo guapa que estaba y en que nadie diría que iba a cumplir treinta años.

No podía decir lo mismo de él. Obviamente, se había casado con una buena cocinera o se había pasado los últimos años dándole a la bebida.

Le enseñó fotos de sus hijos y le habló sin problemas de sus compañeros. Le contó quién se había casado con quién y quién andaba con la mujer de quién.

Al final, le había hablado de Joe y de lo mucho que había sorprendido a todos que hubiera dejado el ejército y hubiera vuelto a Santiago hacía unos meses.

Eso mismo le había sucedido a ella. Había llegado a la conclusión de que algo muy grave le tenía que haber pasado para que hubiera vuelto. Hizo comentarios y bromas sobre todos para no dejar ver que la persona que le interesaba era Joe.

Chico le dijo que iba de vez en cuando a la cantina, pero que no muy a menudo.

No como los que estaban al final de la barra, que iban todas las noches después de trabajar y se olvidaban de volver a sus casas.

Según Chico, Joe viajaba mucho, pero no sabía por qué. Cuando estaba en la ciudad, trabajaba como mecánico. Era muy bueno.

Luego se lanzó a recordar lo buen jugador de fútbol americano que había sido Joe.

—¿Qué pasó contigo, Elena? Desapareciste después de la graduación —le dijo mientras le servía otra cerveza—. Me has dicho que te fuiste a trabajar a Maryland.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, me pareció una buena idea en el momento, pero no funcionó.

La mayoría de sus compañeros se habían quedado en Santiago tan contentos.

Ella, sin embargo, había contado los años, los meses y los días que le faltaban para dejar las polvorientas calles de aquella ciudad

fronteriza. Desde que se fue, nunca había mirado atrás. Habría sido feliz volviendo solo de vez en cuando a ver a su madre.

¿Y dónde la mandaban en su primera misión?

A Santiago, Texas.

Una situación muy irónica.

Elena miró el reloj. Eran más de las diez y decidió que ya había obtenido suficiente información para una noche. Se preguntó qué tal lo llevarían Chris y los demás. Había quedado con él en San Antonio dentro de dos días. Tenía suficiente información general, pero nada especifico, lo que la desasosegaba.

Bueno, había llegado el momento de irse a casa, charlar un rato con su madre y meterse en la cama. Otro apasionante día en Santiago.

Un par de hombres se despidieron del grupo del otro lado de la barra y salieron. En ese momento, entró otro, que los saludó con una sonrisa.

Elena levantó la mirada con el vaso a mitad de camino y se quedó mirando.

Lo reconoció inmediatamente. Se irguió en la barra y lo vio cruzar la pista de baile como si el mundo fuera suyo.

«Joe Sánchez, vivito y coleando. Ya era hora», pensó.

Menos mal que había aparecido. Así, no tendría que ir a buscarlo. El encuentro parecería una coincidencia.

Si sus superiores supieran lo mucho que le repugnaba la idea de mostrarse amigable con aquel hombre, le darían una medalla.

Lo miró a través del espejo que había sobre la barra.

Joe fue a la máquina y eligió varias canciones antes de pedir una bebida. Varias personas lo saludaron mientras ella decidía cómo iba a hacerlo.

Se sabía su informe de memoria, pero no se esperaba que, once años después, fuera mucho más guapo.

El ejército le había dado un cuerpo que muchas mujeres habrían deseado poseer.

Ella, no, claro.

Sabía cómo era por dentro. Sabía que no valía nada, pero debía admitir que los vaqueros le quedaban de infarto.

Sí, madre mía, sí, le quedaban estupendos.

Las mujeres que había en la cantina no le habían quitado el ojo

de encima desde que había entrado. Con aquellos vaqueros, parecía el anuncio de un bollo. No le hubiera extrañado que le hubieran lanzado besos.

Elena dio un trago a la cerveza, que no le gustaba nada. Ella bebía normalmente vino blanco, pero dudaba mucho que tuvieran.

Se dio cuenta de que no se estaba centrando. ¿Qué más daba lo que estuviera bebiendo o lo que las demás mujeres pensaran de Joe Sánchez? Debía concentrarse en lo importante, en la razón de su presencia allí. Tenía que idear la manera de que él la viera sin que se notara que lo quería.

Al final, Joe miró al espejo y la pilló mirándolo.

«Muy bien, Maldonado. No se ha notado nada. Mirándolo por el espejo como una mujer abandonada hasta que por fin te ha visto», se dijo, en tono de reproche por su torpeza.

Pero, en lugar de hacer como que no se había dado cuenta, se quedó mirándolo, ladeó el vaso en su dirección levemente y bebió.

Joe giró la cabeza y la miró de frente, Tenía los antebrazos sobre la barra, de manera que su perfecto trasero sobresalía. Desde luego, sabía el efecto que tenía en las mujeres.

No en ella.

Sobre ella, nunca.

Decidió que la aceleración que había sufrido su pulso se debía a que, por fin, había conseguido establecer contacto visual con él.

Deliberadamente, miró el reloj y dio un trago más a la cerveza sin mirarlo. Vio por el rabillo del ojo que llamaba a Chico y le decía algo. No hacía falta ser ingeniero para saber lo qué le estaba preguntando.

Vio su cara de sorpresa ante la respuesta de Chico. Aquello casi la hizo sonreír.

«Sí, Sánchez, apuesto a que soy la última persona que hubieras pensado encontrar en Santiago», se dijo.

Joe se levantó sin dejar de mirarla, dio un trago a la botella de cerveza y fue hacia ella.

Apoyó un codo en la barra y siguió mirándola.

Elena no se movió, siguió agarrando el vaso casi vacío.

Teniéndolo tan cerca, vio que tenía arrugas, producidas por el sol, alrededor de la boca y de los ojos. El hoyuelo de la barbilla era más profundo. Se había acostumbrado a verlo solo en aquella foto

sin expresión, pero sus ojos mostraban sorpresa y una calidez que la asombraron.

—No me lo puedo creer —dijo, observándola como si la estuviera comparando con la adolescente que un día fue—. Me voy de la ciudad unos días y mira a quién me encuentro al volver.

Elena ignoró el estremecimiento que le recorrió todo su cuerpo. Había olvidado que su voz siempre la había sacudido. De repente, volvía a ser una tímida adolescente encandilada por su belleza y su encanto.

«Que alguien me ayude, me estoy ahogando con mis recuerdos», pensó muerta de miedo.

—Hola, Joe —lo saludó, vaciando el vaso de un trago.

Él se apresuró a indicarle a Chico que le sirviera otra cerveza, mientras se sentaba en un taburete. Estaban uno enfrente del otro. Elena giró su taburete y apoyó la espalda contra la pared, intentando parecer serena. Menos mal que los separaban otros tres taburetes.

—Elena Maldonado —dijo él lentamente, como saboreando cada una de las sílabas de su nombre—. Nunca te habría reconocido si Chico no me llega a decir quién eras —dijo en un tono que denotaba admiración y placer.

En ese momento, llegó Chico con la bebida.

—¿Qué te parece? ¿A que está estupenda?

La interrupción de Chico le dio oportunidad de controlar sus sentimientos.

Llevaba una semana haciéndose a la idea de que debía entablar contacto con él de manera creíble.

Hasta ahí, iba bien.

Elena sonrió seductora.

—Muchas gracias a los dos —contestó. Cuando Chico se fue, llenó el vaso de cerveza sin mirar a Joe—. Chico me ha dicho que sigues viviendo aquí. Tú eres Joe Sánchez, ¿no?

Estaba decidida a que no se diera cuenta de lo mucho que le había afectado verlo. Era una profesional. Podía hacerlo.

—Exactamente —contestó él sonriendo—. Me sorprende que te acuerdes.

—Bueno, es que no has cambiado mucho desde que eras una estrella de fútbol americano —dijo ella parpadeando antes de dar

un trago a la cerveza. Interesante. Se había puesto rojo—. ¿Qué tal te fue después del instituto? —preguntó, como si no lo supiera de memoria. Por lo menos, las actividades legales. No tenía antecedentes, pero ella esperaba cambiar eso.

Joe miró el vaso que tenía ante sí, como si lo sorprendiera verlo allí.

—Me dieron la beca para ir a A & M y, cuando terminé la carrera, me metí en el ejército. Lo dejé hace tres meses.

Ella levantó una ceja y sonrió.

—¿No quisiste volverte a enrolar?

Joe miró al horizonte, a dos parejas que estaban bailando. Elena creyó que no iba a contestar.

—Tuve que volver a casa —contestó. «Claro», pensó ella—. De verdad, qué guapa estás. No llevas gafas, te has cortado el pelo y... —se interrumpió para mirarla de lado—... se te ha puesto un cuerpo estupendo.

Ella podría haber dicho lo mismo de él, pero no lo hizo.

—Ahora, llevo lentillas —puntualizó—, me corté el pelo para poder manejarlo mejor y, en cuanto al peso, supongo que como más que antes.

Joe sonrió. Era una sonrisa tan seductora y con connotaciones sexuales tan evidentes, que Elena tuvo que recordarse a sí misma que tenía que tragar saliva para que no se le cayera la baba.

—No me refería al peso, bonita. La diferencia está en cómo se reparte.

«Has ganado. A la hora de flirtear, no soy rival para ti», admitió Elena.

—Gracias por la copa —le dijo sin contestarle.

Joe se quedó mirándola completamente alucinado. Le estaba costando hacerse a la idea de que estaba viendo a una persona que no contaba con ver.

Le estaba costando horrores aceptar que se había convertido en una mujer segura de sí misma, sofisticada y muy sensual, que lo miraba con cara risueña.

—Es un placer. ¿Y qué te trae por Santiago? —preguntó por fin. Era la respuesta que le había rondado la cabeza desde que se había enterado de quién era.

Elena hizo una mueca con los labios, una especie de puchero,

que de adolescente lo había mantenido en un estado de semi excitación continua. A pesar de los años, le seguía gustando aquel gesto y aquella boca que pedía a gritos que la besaran. Aquellos pómulos marcados y sus ojos ligeramente sesgados, cuyas pestañas lo estaban aturdiendo.

Le estaba contestando, pero él se había olvidado de lo que le había preguntado.

Se dijo que tenía que concentrarse en la conversación y dejar de mirarle la boca.

—Ahora mismo, no estoy trabajando, así que decidí venir a ver a mi madre y a la gente de aquí…

Tenerla delante le estaba haciendo recordar cosas que creía olvidadas…

Sus ojos verdes, que eran el espejo de su alma, ya no reflejaban nada.

Recordó el contacto de su piel suave, que hacía que de adolescente soñara con tocarla.

El recuerdo de Elena lo había perseguido durante años. Sus sueños eróticos los había protagonizado ella.

Volvió a decirse que debía concentrarse en la conversación.

—¿Y qué tal todo en tu casa? —le preguntó.

Vio un brillo de emoción en los ojos de Elena, que ella se encargó de ocultar rápidamente. Joe lamentó que ya no fuera aquella niña que no sabía esconder sus sentimientos. La verdad era que, haciendo memoria, Elena nunca había hablado demasiado de su familia. Joe se preguntó por qué.

—Mi padre murió hace unos años y mi madre lo lleva lo mejor que puede.

—Y tú ¿qué has estado haciendo desde que nos graduamos?

Lo miró de manera indescifrable. Maldición. Aquella mujer era todavía más fascinante y exótica que de adolescente. Joe le miró las manos y vio que no llevaba alianza. ¿Por qué no se había casado?

Se dio cuenta de que él había estado demasiado ocupado como para sentar la cabeza. Quizá a ella le hubiera pasado lo mismo.

Joe esperó una respuesta que ella tardó en darle. Dio un trago a la cerveza, dejó el vaso en la barra y jugueteó con él antes de levantar la cabeza y mirarlo.

—Veamos —dijo con voz ronca y sensual—. En cuanto me

gradué, me fui a Los Ángeles y me puse a trabajar como bailarina de *topless* en un lugar cerca del aeropuerto. No me pagaban mucho, pero las propinas eran estupendas. Además, conocí a mucha gente. Casi todos hombres. Me ofrecieron hacer cine. Porno, se entiende. Y lo demás, como se suele decir, es historia.

Joe la miró completamente anonadado. Elena había disfrutado viendo la cara que ponía mientras le decía todo aquello. Se hizo el silencio más absoluto. Dio otro trago a la cerveza y tarareó. Se quedó mirando a las profundidades de aquel líquido dorado que le estaba empezando a gustar. No sabía si era bueno o malo.

Su cara de espanto era maravillosa, pero todavía se merecía más. Lo miró y sonrió.

—Estás de broma, ¿verdad? —consiguió decir Joe.

—Sí —contestó Elena.

—Vaya, me lo había creído por un momento —dijo apoyando los codos en la barra y dejando caer la cabeza.

—¿Las canciones que están sonando todavía son las que has elegido tú? —

preguntó ella cambiando de tema deliberadamente.

—Sí, me parece que sí —sonrió escuchando la música—. Está un poco alto para hablar. ¿Nos vamos a otro sitio?

—¿Por qué? —preguntó.

Joe pareció confuso. Sonrió.

—¡Vaya, nunca sé lo que vas a decir! Creía que estaba claro. Quiero que hablemos, que me cuentes lo que has estado haciendo, éramos...

—Como te atrevas a decir que éramos amigos, te voy a poner el vaso de cerveza de sombrero.

A Joe se le borró la sonrisa de la cara y, de repente, parecía mayor de lo que era.

—Muy bien, entiendo. ¿Nos vamos a otro sitio y hablamos de lo que sucedió?

Le tocó a Elena quedarse estupefacta. De todas las cosas que había pensado que diría Joe, no se le había ocurrido que quisiera hablar de aquello. Había supuesto que le daría vergüenza sacar el tema y ella no tenía ninguna intención de hablar de algo tan doloroso.

—¿Para qué?

—Porque te debo una explicación. Nunca me diste la oportunidad de dártela.

—¿Una explicación? ¿Te crees que lo que puedas decirme me va a importar a estas alturas?

Se le había olvidado que debía fingir que se llevaba bien, debía aproximarse a él, conocer sus secretos y utilizarlos para destruirlo.

Por suerte, no lo sorprendió su contestación. Muy bien, tal vez fuera la mejor manera de continuar con el plan. Dejarle hablar, que se explicara. Una o dos disculpas, muy bien. Lo que debía recordar era que aquello era cosa del pasado. No debía permitir que le hiciera sufrir. Había conseguido una buena vida, tenía un buen trabajo y una buena reputación profesional. Y lo que era más importante: ella era la que controlaba la situación. Que él no lo supiera, daba igual.

—Supongo que, como adultos que somos, podríamos hablar. De niños, todos cometemos estúpidos errores, pero los superamos.

Y lo llamaba un error. Un sustantivo muy interesante para describir el momento más traumático de su vida.

Elena se echó hacia atrás para apoyarse en la pared y lo miró.

—Muy bien, tienes razón. Aquí no se puede hablar —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Estupendo! —exclamó Joe.

Era obvio que le había sorprendido que ella aceptara. Debía tener cuidado para que no se creyera que le estaba dando pie a nada. ¿Cómo quedaría aquello en su informe?

Joe se sacó la cartera del bolsillo trasero y pagó.

Chico les sonrió y le dedicó una mirada de complicidad, mientras Joe la ayudaba a bajar del taburete y a salir del local. Elena le dijo adiós con la mano y le devolvió la sonrisa mientras seguía a su acompañante al aparcamiento.

Capítulo 3

El aire fresco de la noche le sentó bien al salir de la cantina llena de humo. Elena tomó aire y lo soltó mirando al cielo. No se veía la luna y el cielo estaba cuajado de estrellas que parecían estar al alcance de la mano.

Se estiró para relajar los músculos de los hombros. La investigación iba bien.

Había conseguido establecer contacto con uno de los sospechosos. No iba a echarse atrás porque aquel hombre la afectara.

Se recordó que era una profesional. Podía con todas las fases de la investigación, incluida la que consistía en estar con Joe Sánchez.

Joe le tocó el codo y ella pegó un respingo.

—No quería asustarte. Mi furgoneta está para allá.

—Mejor te sigo en mi jeep. ¿Dónde quedamos?

Joe miró el reloj.

—El café de Rosie ya estará cerrado y te invitaría a mi casa, pero… —se interrumpió sonriendo y le recordó cuando era pequeño —. Me parece que teníamos el mismo problema en el instituto.

La diferencia era que Elena no iba a sugerir ninguno de los sitios donde solían ir entonces, a hablar durante horas. Ya no era aquella chica tímida, encantada de haberle interesado a uno de los chicos más interesantes del colegio. Había sido una ingenua, pero ya no.

—Podemos ir a casa de mi madre, si quieres. Tiene un jardín grande y tranquilo. Seguramente, ya estará dormida, así que nadie nos molestará.

—¿Seguro que no le importará?

—Mientras no lleguemos pitando y nos pongamos a cantar a voz en grito, no.

—Muy bien. Ve tú delante —dijo él, yendo hacia su furgoneta.

Ella se montó en su jeep blanco y condujo hasta su casa, que estaba fuera de la ciudad. Cuando era pequeña habían tenido más terreno alrededor, pero su padre lo había ido vendiendo. Nunca le había interesado la agricultura, a pesar de que, cuando conoció a su madre le prometió que le daría todo cuanto deseara si dejaba Dallas y se casaba con él. A pesar de sus problemas con la bebida y de que

nunca cumplía sus promesas, su madre nunca se había quejado y todavía cuando hablaba de Trini Maldonado le brillaban los ojos. Era un latino exótico que hacía sombra a los demás chicos con los que ella salía.

A Sara se le rompió el corazón cuando cinco años atrás Trini había muerto de una aneurisma.

A Elena siempre le había parecido que su padre había defraudado a su madre.

Le gustaba soñar, pero no trabajar. Encantador, sí era, pero no se podía confiar en él.

¿Y qué había hecho ella con la relación de sus padres como ejemplo?

Enamorarse de otro latino encantador, antes de haber terminado siquiera el instituto.

Desde luego, no había aprendido mucho de la experiencia de su madre.

Elena dejó el coche junto al cobertizo, que llevaba toda la vida amenazando con caerse. Apagó las luces y salió del coche. Vio la furgoneta de Joe que se aproximaba.

Estaba viejísima, parecía que la llevara pegada con pegamento para que no se desmontara. Claro que, así, no despertaría sospechas en Santiago.

Aparcó a varios metros de donde lo estaba esperando. A Elena le pareció gracioso que dejara el coche con el morro hacia delante, como si fuera a salir corriendo.

—Había olvidado lo bonita que era tu casa. Supongo que te encantaría tener tanto espacio para jugar de pequeña.

—Supongo —contestó ella, mirándole la boca. «No lo hagas», se advirtió a sí misma con un escalofrío.

—Nosotros vivíamos en un apartamento alquilado cerca del río. Jugábamos en la calle —dijo mirando al cielo—. Qué bonito es el cielo ¿verdad? En el ejército, solía estudiar astronomía.

—¿Te gustaba el ejército? —preguntó, andando hacia un árbol solitario en la parte trasera de la casa. Al llegar, agarró una silla y él hizo lo mismo. Se sentaron uno enfrente del otro.

—La verdad es que sí —contestó Joe—. Me gusta la jerarquía y la disciplina.

Además, me dio la oportunidad de ver mundo. Desde luego,

cambió mi perspectiva de quién era yo y lo que podía hacer con mi vida.

—Me sorprende que lo dejaras, entonces. Vivir aquí no es ni la mitad de divertido que estar en el ejército —apuntó ella tras observarlo un rato.

Él se encogió de hombros y desvió la mirada. Obviamente, no quería hablar de por qué había vuelto a Santiago. Elena no pudo evitar creer que aquello lo hacía más sospechoso.

Si había vuelto tenía que ser porque hubiera algo allí que lo interesara.

—Qué bien se está aquí. Hacía tiempo que no me relajaba. Gracias por invitarme —dijo Joe tras un largo silencio.

—Dijiste que querías que habláramos.

—Han pasado once años, Elena. No creí que volviera a verte. Ya supondrás la sorpresa que me he llevado de verte viviendo de nuevo en Santiago.

—Podría decir lo mismo sobre ti.

Se volvió a hacer el silencio.

—Sí, claro. Recuerdo que intenté hablar contigo, por todos los medios, la semana siguiente a la fiesta de graduación, pero tú no quisiste escucharme. Sé que estabas enfadada conmigo y con razón, pero yo quería explicarte...

—No hacía falta que me explicaras nada, Joe —lo interrumpió Elena—. Ya se encargaron tus amigos de contarme lo de la apuesta. Después, ya no necesité ninguna otra explicación.

Joe se irguió en la silla.

—¿Qué apuesta? ¿De qué estás hablando?

«Tranquila, es agua pasada», se dijo Elena.

—¿Tienes amnesia selectiva o qué? La apuesta que hiciste durante el último año de instituto. Les dijiste a tus amigos que podrías salir con la chica que te diera la gana. Me eligieron a mí, la pringada de las gafas, que nunca había salido con nadie.

Todo el mundo sabía que te encantaban los retos. Entiendo que creyeras que yo era un reto, pero nada más lejos de la realidad, como sabemos los dos.

Joe se echó hacia delante como para tocarla, pero ella había tomado la precaución de situarse a la distancia suficiente como para que no llegara.

—No fue así. ¡Madre mía! No me extraña que no quisieras hablar conmigo.

Creías...

—No, lo sabía, Joe. Te picaron para que me invitaras a la fiesta de graduación.

Nunca supe qué ganaste a tus amigos. Lo que obtuviste de mí está muy claro. Fue una noche estupenda para ti, ¿eh?

—Pero ¿qué dices, Elena? Te equivocas por completo —dijo levantándose y mirándola—. ¿De verdad crees que te llevé a la fiesta por una apuesta?

Ella lo miró con desprecio.

—Sí.

Joe se alejó un par de pasos, tomó aire y se giró.

—¡No es cierto! Nunca le hablé de ti a nadie. No me importaba lo que dijeran los demás. Aquellos tíos no tenían nada que ver contigo y conmigo. Nada. Estaban enfadados conmigo porque había dejado de ir con ellos. Querían ponerme en ridículo. Por eso te contaron todas esas mentiras.

Elena se forzó a relajarse.

—Si tú lo dices —dijo incrédula.

Joe volvió a sentarse y movió la silla para estar más cerca de ella. Se tocaban las rodillas y él le agarró las manos con firmeza.

—Escúchame, Elena. Te pedí que me ayudaras porque el entrenador me había dicho que, si mis notas mejoraban, podría ir a la universidad. Ya te lo dije en su momento.

—Ah, sí, es cierto. Me pediste que te ayudara a estudiar. Esa fue la única razón por la que estuvimos viéndonos aquella primavera.

Qué idiota había sido. La había llenado de emoción que le pidiera que lo ayudara. Estaba encantada de dedicarle su tiempo. Si se hubiera dado cuenta de lo que pasaba en realidad, no hubiera soñado con tener un futuro con él.

Joe le sacudió las manos para recobrar su atención.

—Puede que, al principio, fuera por eso. Tú sacabas muy buenas notas y yo estaba suspendiendo. Si no aprobaba, no podría graduarme. No me darían la beca y no podría salir de este sitio. Me salvaste el cuello, por si no te acuerdas.

—Me alegro de haberte ayudado —dijo ella con calma.

Joe le soltó las manos y se echó hacia atrás en la silla como si se

hubiera conformado con esa respuesta.

—Nos lo pasábamos bien juntos, ¿te acuerdas? Me gustaba estar contigo, me regañabas por no prestar suficiente atención en clase, por no tomar buenos apuntes, por mostrarme demasiado impaciente por leer los libros que nos mandaban. Eras una chica muy divertida, me acuerdo perfectamente. Siempre me hacías reír. Me encantaba estar contigo.

Eso sería lo que él recordaba, pero nunca le había pedido una cita en todos aquellos meses que se pasaron estudiando juntos. Hasta que le pidió que fuera con él a la fiesta de graduación.

Había sido el momento más feliz de la vida de Elena. Iba a la fiesta y, además, acompañada por uno de los chicos más fascinantes del instituto. Qué ingenua. No se había parado a preguntarse por qué se lo pedía a ella cuando podía pedírselo a cualquier otra chica más popular.

Era cierto, se lo habían pasado bien estudiando, se habían reído mucho.

Durante aquellos meses ella se había enamorado completamente de él. Obviamente, él se dio cuenta. No le podía haber salido mejor.

—Siento que te contaran aquellas mentiras —dijo Joe interrumpiendo sus pensamientos—pensarías que era un ser detestable. La verdad es que...

—Por favor, Joe. Vamos a dejarlo, ¿eh? No quiero hablar más del tema, ¿lo entiendes? No quiero oír nada sobre aquella noche. No quiero hablar de tus amigos, no quiero ni pensar en ellos. Me alegra mucho haberte visto. Gracias por venir a casa.

Se dio la vuelta y se fue hacia la casa.

«Muy bien, Elena, lo has hecho fenomenal. Perfecto para acercarte a él», pensó.

Cuando iba a entrar en casa, oyó el motor de su coche, vio las luces y se quedó escuchando hasta que el zumbido del coche se disipó y se volvió a hacer el silencio.

—Admítelo, lo has estropeado todo —murmuró—. Mañana voy a tener que ir a pedirle perdón.

Tener que pedirle perdón a Joe Sánchez. ¡Qué bonito!

—Elena, ¿eres tú? —le preguntó su madre al entrar.

—Sí, mamá —contestó ella entrando en la cocina. Su madre estaba sentada en la mesa y se sentó enfrente de ella.

—He hecho chocolate, si quieres —dijo Sara.

Era una mujer delicada con unos inmensos ojos verdes. A Elena siempre le había dado la impresión de que todo iría bien mientras su madre estuviera con ella.

Se sentía avergonzada por no haber ido más a menudo a verla desde que había muerto su padre. La había dejado que lo pasara sola, pero ella estaba lidiando con sus propios sentimientos hacia su progenitor. Se sentía culpable por no haber estado más unida a él, por no haberlo respetado más como padre, marido y profesional.

—No, gracias, mamá. ¿Qué haces despierta tan tarde?

—No podía dormir. Me temo que voy a tener que empezar a tomar algo.

—Lo siento, si te hemos molestado.

—¿Estabas con alguien?

—Sí, me encontré con un compañero del instituto y hemos estado en el jardín hablando.

—¿Quién era?

—El chico con el que fui a la fiesta de graduación... Joe Sánchez.

Su madre puso mala cara.

—Preferiría que no lo vieras más. Sé que te gustaba en el colegio, pero eso fue hacia mucho tiempo. Es problemático.

—¿De verdad? —preguntó Elena interesada—. ¿Qué pasa?

—Dicen cosas malas de él y de su familia.

—Cuéntame —dijo Elena sirviéndose una taza de chocolate.

—Bueno, parece ser que su prima Tina se casó con un tipo que no es de por aquí. Tiene dinero, pero no trabaja. Ya me entiendes.

—¿Te refieres a que trafica?

—Desde luego, es algo ilegal. Hablan de toda la familia Sánchez, una pena.

Recuerda que el hermano mayor de Joe ya estaba en la cárcel cuando él ni siquiera había terminado el instituto. No sé qué fue de él. Una pena. Conchita nunca lo hubiera permitido. Ella crió a Tina.

—¿Quién es Conchita?

—Conchita Pérez, la abuela de Joe y de Tina. Era la mejor amiga de tu abuela paterna. La cuidó durante su enfermedad hasta que murió.

—No lo sabía,

—¿Cómo lo ibas a saber si no habías nacido? Dicen que Joe está

metido en el grupo de Tina.

—Gracias por la advertencia. Te prometo que no me acercaré a él.

Mentira, claro.

Lo que quería era meterse en todo el embrollo.

Cuanto antes, mejor, porque no sabía lo que iba a aguantar si el pasado comenzaba a nublarle la cabeza.

Ya en la cama, comenzó a recordar las palabras de Joe. Si era cierto lo que decía, aquella noche había sido tan vergonzosa y humillante para él como para ella.

Aquello le daba otra perspectiva del asunto.

Nunca se había parado a pensar qué pensaría él de aquella noche.

Se dio cuenta de que, entonces, a pesar de que lo conocía hacía meses, no había tenido ningún empacho en aceptar que fuera culpable de las acusaciones de sus amigos.

Entonces, era una chiquilla insegura que no confiaba en el sexo opuesto. ¿Qué excusa tenía ahora?

Capítulo 4

Joe salió de casa de Elena y se fue a su casa, aunque hubiera preferido volver al bar y ahogar sus sentimientos en alcohol. No le apetecía tener que aguantar las preguntas de Chico y, además, la resaca del día siguiente podría ser mortal. Bueno, sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a Elena y a lo que provocaba en él.

Lo estaba devorando.

¿Cómo se había olvidado del efecto que tenía en él? Daba igual que tuviera dieciocho o veintinueve. El hecho era que quería oírla, verla, tocarla, besarla. Estaba equivocada si creía que se había olvidado de ella.

Había quedado como un tonto intentando disculparse por algo que había ocurrido en el instituto. Siempre se había sentido avergonzado por lo de aquella noche. No solo porque aparecieran aquellos chavales que se llamaban sus amigos, sino por no haberse podido controlar con ella. Con las prisas por poseerla, había ido todo demasiado deprisa. Sin duda, le había fastidiado por completo su primera vez.

Tendría que haberle enseñado cómo gozar igual que él.

Quería otra oportunidad. Por desgracia, Elena no podía haber vuelto a aparecer en su vida en un momento peor.

¿Cómo iba a saber, cuando se presentó voluntario para volver a su ciudad natal como agente secreto, que se iba a encontrar con su primer amor?

No podía hacer nada. Estaban los dos en Santiago y no intentar volver a tener una relación con ella, podría parecer sospechoso.

El problema era que no tenía ni tiempo ni ganas de tener una relación.

Como miembro de la inteligencia militar, le habían encargado recuperar una partida de armas que había sido robada, hacía un año, de una base militar. Su unidad había estado meses investigando para ver quién las había robado.

Al descubrir que las armas podrían haber ido a parar a una ciudad mexicana situada cerca de Santiago, sus superiores decidieron mandarlo para vigilar la frontera.

El hecho de que alguien de la ciudad volviera a casa no era sospechoso. Sobre todo porque, teniendo en cuenta la fama de su hermano, nadie se extrañaría que otro Sánchez volviera con el rabo entre las piernas por no haber podido ganarse la vida fuera de allí.

A menudo, se preguntaba si su hermano podría haberse ganado la vida fuera de allí de forma legal. Ya nunca lo sabría, porque había muerto en una reyerta dentro de la cárcel como consecuencia de una puñalada.

Joe había pensado decir que había dejado el ejército y había vuelto para cuidar de su madre, pero nadie se había molestado en preguntárselo y él tampoco se había molestado en aclararlo.

Estaba haciendo progresos. Llevaba semanas investigando, y la investigación comenzaba a dar sus frutos. Se recordó que debía concentrarse en su trabajo y no en la reacción física que Elena Maldonado producía en él.

Ya no era un chico sin control sobre sus hormonas. Solo le quedaba convencer a cierto miembro de su anatomía de ello.

Joe entró en casa por la puerta de atrás, que daba a la cocina. Abrió la nevera y agarró una cerveza. Tenía la corazonada de que iba a necesitar ayuda para dormir.

Unas horas después, como a las tres de la madrugada, lo despertó el teléfono.

Era su madre, que lo llamaba para que fuera a casa de Tina. Su prima había tenido otro de sus ataques porque su marido, Francisco Delgado, un rico empresario, no estaba en casa. No paraba de repetir que le había sucedido algo, que tendría que haber vuelto ya. Tina no estaba bien psicológicamente y no tomaba el tratamiento que le habían prescrito. Lo había pasado muy mal cuando su abuela había muerto, porque había sido como una madre para ella. Luego, había conocido a Cisco, que había quedado prendado de su belleza y había pasado por alto sus problemas mentales. El gran batacazo había sido perder al hijo que estaba esperando. Aquello la había sumido en una gran depresión hacía varios meses de la que no acababa de recuperarse. Su marido cada vez viajaba más, seguramente para no tener que aguantarla.

Mientras se vestía a toda velocidad, Joe pensó en hablar con él. Su madre ya tenía bastante con lo suyo como para ocuparse de Tina. Le interesaba estar cerca de ella porque sospechaba de su

marido. No tenía pruebas, pero Cisco tenía varias fábricas en México que exportaban a Estados Unidos.

Tal vez, no fuera él directamente, sino alguno de sus empleados, el que pasaba mercancías ilegales a través de la frontera utilizando sus camiones.

Joe se había ofrecido a echarles una mano cuando no había conductores suficientes. Para Cisco, Joe no era más que otro pariente pobre de su mujer que necesitaba dinero, pero a él los viajes a través de la frontera le daban oportunidad de investigar.

Debía tener cuidado porque, si era cierto que los camiones de Delgado servían para pasar armas y otras mercancías de contrabando y lo descubrían, lo matarían.

Por eso, que su madre tuviera el corazón delicado le daba la oportunidad de acercarse a Tina.

Mientras conducía hacia la mansión del matrimonio, decidió que ya tenía bastante con lo suyo como para que, encima, apareciera Elena Maldonado.

A las dos de la tarde, Joe estaba comiendo en el café de Rosie cuando entró Elena.

Estaba tan guapa que se quemó con el café por no prestar atención. Aquellos vaqueros le marcaban las caderas y los muslos y la camiseta realzaba su cuerpo.

Joe no se había vuelto a acostar porque, al volver de casa de Tina, eran más de las seis de la mañana. Se había duchado y había desayunado algo antes de ponerse a trabajar. Tenía tres coches para arreglar antes de ir a hacer la compra.

Miró a Elena. Aunque estaba de espaldas a él, se dio cuenta de que estaba tensa.

No sabía de lo que estaba hablando con Rosie, pero no iba bien. Tal vez, le estuviera pidiendo trabajo.

No era asunto suyo. Aquella mujer lo distraía y no se lo podía permitir. Sin embargo, al ver que terminaba de hablar con Rosie y que se dirigía a la puerta, no pudo evitar llamarla.

—Elena, ¿tienes un momento? —Era obvio que no lo había visto y que no se alegraba de verlo—. ¿Tienes tiempo para tomarte un café o un té con hielo? —

preguntó con una gran sonrisa. Esperaba parecer inocente, pero se sentía como el lobo feroz engañando a *Caperucita Roja*.

Elena lo miró dubitativa y acabó asintiendo.

—Un té con hielo, por favor —le pidió a Rosie.

—Ahora mismo, preciosa —respondió Rosie, sonriendo desde detrás de la barra.

Joe sabía que, casi todos en Santiago, sabrían ya que la noche anterior se habían ido juntos del bar. Ahora, estaban juntos en el café. Para final de semana, estarían hablando de boda.

Elena se sentó en el banco de enfrente y se cruzó de brazos. No sabía muy bien qué decirle, así que dio otro trago al café.

Fue Elena quien habló.

—Yo... eh, me alegro de que nos hayamos encontrado —dijo, cuando el silencio ya era insoportable. Su tono demostraba todo menos alegría.

A Joe le dieron ganas de reír.

—¿De verdad? Se ve a la legua, vamos.

Elena sonrió arrepentida.

—Está bien, no me alegro tanto, pero es porque quería pedirte perdón y creía que iba a tener unos días para pensar cómo lo iba a hacer.

—¿Quieres pedirme perdón? —repitió Joe levantando las cejas.

Elena suspiró y se puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí. Ayer por la noche estuve muy borde al no querer aceptar tu explicación sobre algo que pasó hace siglos. Lo siento —dijo mirándolo y haciendo una pausa—.

De verdad. Si te parece bien, creo que podríamos empezar de nuevo —añadió tendiéndole la mano—. ¡Vaya, pero si es Joe Sánchez! —exclamó con una alegría completamente falsa—. Hace años que no nos vemos. ¿Qué tal te ha ido todo? ¿Qué tal? ¿Y tu familia?

Joe le agarró la mano y se echó hacia atrás.

—¿Sabes? Nunca he conocido a otra mujer que me descontrole tanto como tú. A pesar de la edad que tengo, cuando estoy contigo me siento como un adolescente.

¿Cómo lo haces?

Elena sonrió.

—Es parte de mi encanto, supongo.

Joe volvió a sentirse molesto por los sentimientos que le inspiraba después de tanto tiempo. Aquellos maravillosos ojos, que

podía disfrutar mejor puesto que Elena ya no llevaba gafas, y su boca, que pedía a gritos que la besaran. ¿Cómo iba a haberlo olvidado?

Elena apartó la mano. Aquella mujer lo desestabilizaba. Solo le había tocado la mano y lo había puesto a mil.

—¿Y qué has estado haciendo desde que te fuiste del ejército? —preguntó, como si se lo acabara de encontrar y estuviera encantada de que le contara qué había sido de su vida.

Joe se esforzó por concentrarse en la conversación, en vez de en su cuerpo.

Menos mal que estaban sentados y la mesa lo tapaba. No sabía cómo, pero iba a tener que encontrar la forma de controlar sus reacciones antes de poder salir de allí.

Joe carraspeó.

—Pues resulta que una de mis aficiones se ha acabado convirtiendo en el modo en el que me gano la vida.

Elena se echó hacia delante interesada de verdad.

—¿De verdad? ¿Y qué es?

—Siempre me gustaron los coches, así que, cuando volví a vivir aquí, alquilé una casa con un garaje muy grande. Hacía tiempo que no venía, así que no me había dado cuenta de que el coche de mi madre no iba muy bien. Le eché un vistazo y se lo arreglé. Un vecino me preguntó si podía mirarle el suyo y, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré haciendo semanas de sesenta horas en el taller.

—Me alegro —asintió ella como impresionada.

—No quiero pasarme así toda la vida, pero, de momento, me da dinero para vivir mientras cuido de mi madre. Una vez oí una frase que se me quedó grabada.

«La vida es lo que va pasando mientras tú haces planes». No me gusta pensar que eso será lo que haga durante los próximos treinta años.

—Te entiendo —sonrió Elena—. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a terminar aquí otra vez?

—La verdad es que... me preguntaba si... —no sabía cómo decírselo para que no se enfadara —si te gustaría trabajar conmigo.

Elena parpadeó sorprendida, pero no ofendida. Ladeó la cabeza y lo miró de forma extraña. No era para menos. ¿Cómo se le había

ocurrido que quisiera pasar tiempo con él? A ver si podía explicárselo.

—Verás, el negocio está creciendo demasiado deprisa y yo no puedo con todo.

—Por mucho que quisiera ayudarte, no sé nada de coches.

Joe se echó hacia atrás y se rio al imaginarse a Elena bajo un coche.

—No, me refería al papeleo. Hay que llevar las cuentas de los pagos, porque casi nadie puede pagar de una vez y me cuesta recordar quién me debe algo y cuánto. Además, tengo que pagar las facturas de las piezas de recambio a tiempo.

Odio todo eso.

—¿Quieres que te lleve la contabilidad?

—Sí —sonrió él agradecido—. En el instituto se te daban bien las cosas así. Tal vez, podrías organizarme tú la oficina y luego me enseñas, cuando hayas encontrado otra cosa, porque esto será algo temporal, claro.

—¿No será que te doy pena porque me he quedado sin trabajo y he tenido que volver?

—¿Por eso has vuelto? No me lo habías dicho. ¿Por qué no vienes al taller conmigo y luego opinas quién tiene motivos para sentir pena?

Elena tomó el vaso de té y se bebió la mitad de un trago. Se limpió con una servilleta de papel y asintió.

—Muy bien. Siempre se me dio bien la contabilidad. Me gustaban mucho las matemáticas.

—Sí, lo sé. Las matemáticas, la historia, el inglés. Todo se te daba bien.

Elena se encogió de hombros.

—No tenía otra cosa que hacer.

—Hasta que aparecí yo en tu vida —le recordó.

Elena lo miró durante un rato y Joe se preguntó en qué estaría pensando.

Asintió.

—Siempre saqué buenas notas, incluso cuando tú me distraías.

Joe le agarró la mano, decidido a poder estar con ella sin sentir apetito sexual.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a Santiago. Me estaba

aburriendo mucho, pero seguro que tú añades algo de emoción a mi vida.

Elena retiró la mano y miró al horizonte.

—Eso lo dirá el tiempo, ¿no? —preguntó sonriendo.

Joe sabía que Elena lo iba a distraer, pero no le importaba. Era bueno en su trabajo y, además, tenía derecho a tener vida privada aunque estuviera en una misión. No había nada de malo en disfrutar de su compañía. Era de lo más natural.

Cuando abandonaron el café, Joe estaba de lo más contento con sus conclusiones.

Elena intentó andar a su paso mientras iban hacia su casa. No podía creerse la suerte que había tenido. Había ido a pedirle a Rosie que ayudara a su madre con la tómbola de la parroquia, pero Rosie le había dicho que estaba muy ocupada. Le iba a tocar a ella y no le apetecía nada.

Pero, uno de los sospechosos le había ofrecido un trabajo. Así no tendría que ayudar con la tómbola y podría vigilarlo. Perfecto.

—¿Por qué vas tan rápido?

—Perdón. Estaba pensando en todo lo que tengo que hacer esta tarde.

Al llegar a su casa, Elena vio que era una casa vieja, de los años cuarenta seguramente, pero alguien se había ocupado de arreglarla. Se preguntó si habría sido Joe. Tenía el tejado nuevo y la habían pintado.

—¿Es tuya?

—No, pero estoy pensando en comprarla. Es de un tío mío. Quedé con él en arreglársela como parte del alquiler.

—Me parece que ha salido ganando.

—La casa estaba muy bien cuidada. El tío Alejandro se ocupó de ella hasta que tuvo un accidente laboral hace unos años. Ahora vive con una hermana porque quedó minusválido. Por eso, la casa estaba vacía.

Elena se paseó por el salón y se quedó perpleja ante la cantidad de papeles que había sobre una mesa.

—¿Ves a lo que me refería? Sé que tengo que pagar unas cuantas facturas, pero cuando llego por las noches estoy demasiado cansado como para ponerme a buscarlas.

—¿No tendrás un ordenador? —preguntó Elena. Él suspiró—.

Me lo temía.

—¡Qué buena idea! Será un trabajo pesado, pero, una vez que todo esté metido en una base de datos, habrás terminado.

—Mañana tengo que ir San Antonio. Si quieres, puedo mirar.

—Mejor, iré contigo. Así, si encontramos algo, lo compro y nos lo traemos.

Elena intentó disimular la confusión que le había provocado su propuesta.

Había quedado con Chris en el vestíbulo del Hotel Marriott. ¡No podría presentarse con uno de los sospechosos!

—Muy bien —contestó, rezando para que no hubiera sospechado nada. No podía darle la impresión de que quería evitarlo. Trabajar con él era una oportunidad magnífica que no podía desaprovechar —. Tengo que hacer varios recados, así que podemos ir cada uno por nuestro lado y quedar en algún sitio a una hora.

—Una vez más, me vas a ayudar. Me ayudaste a graduarme y ahora vas a evitar que me ahogue entre tanto papel.

Parecía que se sentía aliviado de verdad. No parecía nervioso, así que Elena no detectó nada que lo incriminara.

—¿Por qué no vas a hacer lo que tengas que hacer mientras yo ordeno un poco este caos?

Joe la agarró de la cintura y le dio vueltas en el aire.

—¡Me has salvado! —rió—. Nunca lo olvidaré.

Aquel gesto la pilló completamente por sorpresa. De repente, se vio volando en círculos. Cuando volvió a dejarla en el suelo, tuvo que agarrarse a sus brazos para no perder el equilibrio.

En ese momento, él se inclinó y la besó. Sus labios encajaron perfectamente y Elena se sorprendió.

Hacía once años que no la besaba, pero el mero roce de su boca la hacía sentirse como si no hubiera pasado el tiempo.

—Con que me des las gracias, me vale —dijo ella con la respiración entrecortada.

—Te voy a dar más. ¿Te parece bien diez dólares la hora? Ya sé que no es mucho, pero...

—Diez dólares está bien. El coche está pagado y estoy viviendo en casa de mi madre. Además, no sabes cuántas horas voy a tardar en acabar con todo esto —

contestó ella, mirando a la mesa un tanto consternada.

—Bien. Entonces, nos vemos luego —dijo saliendo del salón.

Elena oyó la puerta de atrás.

Fue hacia la puerta y lo vio entrar en el cobertizo, que había convertido en taller. Había dos coches aparte de su vieja furgoneta. Se montó en uno y lo metió en el garaje. Al poco tiempo, Elena oyó la radio.

Estaba sola.

Bien. Se dio la vuelta y miró la cocina. La encimera tenía como treinta años, al igual que la nevera, pero todo estaba limpio y había café hecho.

Había una puerta que daba a una habitación que parecía un almacén, aunque, bajo las cajas, se veía una cama.

Cruzó la habitación y entró en un gran cuarto de baño con una bañera antigua.

Olía a su loción para después del afeitado; olía a aquel hombre que seguía haciendo que se le disparara el ritmo cardíaco.

Había otra puerta en el cuarto de baño, enfrente de la que ella había utilizado para acceder a él. La abrió y fue directamente a la habitación principal, la que obviamente ocupaba Joe.

Sintió su presencia tan fuertemente que le flaquearon las piernas. Aquello no era buena señal. Si reaccionaba así en una habitación vacía, ¿cómo iba a hacer para estar con él?

Se estremeció y miró a su alrededor. La cama estaba sin hacer y había ropa por el suelo. Evidentemente, no esperaba compañía, pero estaba limpio, sin rastro de polvo.

Salió de su dormitorio y volvió al salón. Tras haber hecho el circuito completo, dedujo que el mobiliario era de tiempos de su tío. No había nada caro, todo estaba usado, pero parecía cómodo.

No había indicios de que hubiera invertido dinero en el interior de la casa. Un tejado nuevo y pintura no era demasiado caro.

No parecía que tuviera nada que ocultar.

Se acercó a la mesa. La verdad es que siempre le había encantado organizar cosas. Seguramente, un psiquiatra le diría que era porque había una parte de su vida en la que debería poner orden. Fuera por lo que fuera, Joe le había propuesto un trabajo que le gustaba.

Además, le daba la oportunidad de vigilarlo de cerca. Si no la pusiera a mil, estaría encantada de que todo estuviera saliendo tan

bien.

Se sentó y pronto se sumergió en los papeles. No sabía cuánto tiempo después, oyó la puerta. Levantó la vista y vio a Joe en el marco de la puerta de la cocina.

Parecía acalorado y tenía grasa en la mejilla.

—¿Qué te parece? ¿Te estoy pagando una miseria? —preguntó tocando la jamba.

—No, para nada.

—¿Cuánto ganabas antes?

—Más o menos lo mismo —contestó rápidamente.

Él la miró y sonrió.

—Bueno, supongo que es mejor que trabajar en una barra de *strip tease* —dijo yendo a la cocina—. ¿Quieres beber algo? En la nevera hay de todo. Toma lo que quieras.

Elena sintió que le resbalaba el sudor por la columna. No tenía ni idea de lo que cobraba normalmente una ayudante. No se le había ocurrido que pudiera necesitar ese dato para la misión. Respiró varias veces para tranquilizarse.

—¿Quieres algo o no?

— Sí, gracias. Un refresco.

Se volvió al salón y le dio un refresco de cola.

—Como verás, aquí todo sin formalidades. Si quieres un vaso con hielo...

—No, así está bien. Gracias.

Joe la observó.

—Vamos a ver lo que te lleva organizar todo esto antes de que aceptes un sueldo bajo, ¿de cuerdo? Te prometo ser justo.

Ella asintió.

Tras otro silencio, él se giró y volvió fuera. Elena se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración.

La tensión había aumentado desde el beso. Era como si ambos estuvieran recordando, comparando, y preguntándose si no estarían empezando algo más que un trabajo en común.

Elena sabía que no tenía alternativa. Tenía que seguir adelante. Sus sentimientos no contaban. De momento, y hasta que pudiera probar lo contrario, Joe Sánchez seguía siendo un sospechoso. Una pena que le pareciera tan guapo.

Pero eso solo hacía que la misión fuera un poco más difícil de lo

que había imaginado inicialmente.

Capítulo 5

Elena llegó a casa de Joe a la mañana siguiente tras pasar una noche bastante mala. Como se le había olvidado que había dejado su coche en el café de Rosie el día anterior había tenido que ir a buscarlo andando.

No le gustaba que la descontrolara de esa forma.

Debería estar centrada en el encuentro con Chris para entregarle el primer informe de la misión, pero no era así.

Para colmo, tenía un inexplicable deseo de estar bien. Joe la había visto en vaqueros. Se preguntó cuál sería su reacción si la veía arreglada. Solo un poco, claro.

Se decidió por un vestido de punto color coral que se abotonaba delante.

Siempre le habían dicho que le quedaba bien el rojo. Necesitaba toda la seguridad en sí misma que pudiera recabar. Una cosa era hacer que Joe le interesaba y otra admitir que le importaba lo que pensara de ella.

Subió los escalones y llamó a la puerta.

—Entra, está abierto —contestó Joe desde algún lugar de la casa —. Hay café hecho. Sírvete.

Efectivamente, olía a café recién hecho. Oyó un grifo. Joe debía de estar afeitándose o algo así. Elena abrió un par de armarios hasta que encontró las tazas.

Se apoyó en la encimera y se tomó el café encantada.

—¿Te importa servirme una taza? Llego un poco tarde.

Elena levantó la mirada y lo vio en la puerta del dormitorio. Llevaba unos vaqueros y se estaba secando el pelo con una toalla. Elena intentó no mirar su torso moreno y esculpido ni cómo los pantalones resaltaban su masculinidad.

Se volvió rápidamente y dejó su taza en la mesa. Mientras abría el armario para agarrar una para él, lo oyó silbar y cometió el error de darse la vuelta. Joe estaba apoyado en la puerta de la cocina mirándola como si se la fuera a comer.

—Estás explosiva, preciosa. Desde luego, el rojo te queda muy bien.

Con toda la dignidad que pudo, le sirvió el café intentando

disimular los nervios.

—Gracias —murmuró dándole la taza sin mirarlo.

—Gracias a ti —replicó él sonriendo y tomando la taza—. Siento hacerte esperar. Estaré listo en cinco minutos.

Ella no levantó la mirada de su taza de café.

—No hay prisa, la verdad. Simplemente, se me ocurrió que podríamos ir pronto para evitar el calor.

Joe se rió.

—Se ve que hace tiempo que no vienes a Texas. No hay manera de evitar el calor —contestó él, yendo de nuevo a su habitación. Cuando volvió, se había puesto una camisa y llevaba unas botas en la mano.

Se sentó en una silla de la cocina para ponerse los calcetines.

—¿Quieres comer algo antes de irnos?

Elena negó con la cabeza.

—Me he tomado una tostada. Aguantaré hasta la comida.

—Yo tengo que ir a la compra. No hay de nada —dijo Joe poniéndose la camisa.

Se la abrochó tranquilamente, se puso las botas y se levantó—. Ya está.

Elena se dio cuenta de que se había quedado mirándolo como hipnotizada.

Asintió sin poder hablar. Fue hacia la puerta y cuando iba a abrirla, oyó que alguien tocaba la puerta principal y llamaba a Joe. Se dio la vuelta y vio que era una guapísima mujer de pelo castaño y rizado. Era bajita y llevaba una camiseta blanca corta que dejaba al descubierto una tripa sin un ápice de grasa y unos pantalones cortos a juego, de los que saltan unas piernas bien modeladas.

—¿Joe? ¿Estás ahí?

Elena lo miró y él sonrió.

—Sí, estoy aquí, Tina —contestó abriendo la puerta.

Tina saltó sobre él y lo rodeó con brazos y piernas. —¡Oh, Joe! ¡Estoy tan contenta que me moría por contártelo!

—Parece que Cisco ha vuelto sano y salvo, ¿no? —preguntó, quitándosela de encima con cuidado.

—Sí, pero lo importante es que acabo de enterarme de que estoy embarazada.

¡El médico me había dicho que no tendría problemas y tenía

razón!

Elena observó la escena tan objetivamente como pudo. Claro que Joe podía tener una novia. Era joven y guapo. Su vida amorosa no tenía nada que ver con su misión. Su reacción se debía a que le sorprendía que aquella mujer hablara de temas personales delante de ella. Solo eso.

—Elena, te presento a Tina Delgado, mi prima —dijo Joe—. Tina, esta es Elena Maldonado. Me está ayudando con los papeles.

—Mucho gusto —dijo Tina dándole la mano—. Joe necesita ayuda desde hace tiempo. Yo me hubiera ofrecido, pero habría sido más un estorbo que otra cosa.

—Eso seguro —apuntó Joe.

—¿Vive aquí? No la había visto nunca —preguntó Tina, dirigiéndose a Elena.

—Crecí aquí, pero hacía mucho tiempo que no venía.

—Bien, entonces venga con Joe esta noche a la fiesta y así conocerá a gente nueva. Nos lo vamos a pasar fenomenal y…

—¿Qué fiesta? —preguntó Joe.

—Frankie me ha dicho que podría hacer una fiesta para celebrarlo.

«¿Frankie? ¿Francisco Delgado?». Claro, en los informes decía que Joe tenía una prima casada con otro sospechoso. Estupendo. Elena intentó controlar su entusiasmo.

—Iré encantada a su fiesta, Tina. Gracias por invitarme.

—Bueno, pues vamos a tener que irnos ya a San Antonio si queremos estar de vuelta a tiempo —dijo Joe—. Te acompaño al coche, Tina.

Mientras lo esperaba, Elena hizo repaso mental de la situación.

—Perdón por el retraso —dijo Joe al volver—. Si no la saco de aquí, se pone a hablar y se tira todo el día. No tiene noción del tiempo. Somos familia, pero a veces no tiene consideración.

—Es muy alegre —comentó Elena mientras Joe cerraba la puerta trasera.

—Sí, es uno de sus estados de ánimo. Otras veces se pone taciturna y dice que el mundo se va a acabar y que estamos todos muertos.

—Podrían tratarla.

—Lo sé. He hablado con Cisco sobre el tema, pero él le consiente

todo y, cuando se pone insoportable, se va alegando viajes de negocios y le toca a mi madre hacerse cargo de la situación. Ella ya tiene bastante con lo suyo, así que yo le echo una mano, pero a veces me saca de quicio —le explicó—. Si no te importa, prefiero que vayamos en mi furgoneta.

—Muy bien.

Cuando llevaban una hora de camino, en la que no habían hablado mucho, Joe se dio cuenta de que se había equivocado al pensar que podría aguantar todo el trayecto con ella sin desearla.

Intentó pensar en otras cosas. La economía nacional, el medio ambiente, el euro, las próximas elecciones, la comida. Lo intentó todo para ignorar su perfume, el ruido de sus ropas cuando se movía o el trozo de muslo que se le veía.

Se puso el aire acondicionado directo a la cara. Por desgracia, no era esa la zona de su cuerpo que le ardía. Si con una hora con ella se sentía así, ¿cómo iba a aguantar todo el día? ¿Y la fiesta de Tina?

¡No quería ni pensarlo!

Llevaba puestas las gafas de sol y así ella no se daba cuenta de que la miraba cada dos por tres. Se había arrellanado en el asiento, parecía relajada y había cerrado los ojos. No entendía cómo aquella adolescente se había convertido en una mujer tan sofisticada y sensual. De joven, le había revolucionado las hormonas. De adulto, le entraban ganas de cantar el Aleluya. A la porra el autocontrol que había aprendido durante tantos años. Por alguna extraña razón, no podía luchar contra aquella mujer.

¿Qué podía hacer?

Lo de contratarla había sido una estupidez teniendo en cuenta que debería concentrarse en su misión. Sin embargo, realmente necesitaba ayuda con la contabilidad si quería sobrevivir como mecánico, y ella estaba disponible. Así de simple.

Debía controlarse porque, de lo contrario, se encontraría besándola a la mínima oportunidad. Y eso no sería inteligente. Sería como probar un poco de su plato favorito y tener que dejarlo.

Quería mucho más que besos. Quería hacerle el amor de nuevo para que ella experimentara el mismo placer que él había conocido aquella primera vez.

Pero hacerle el amor a Elena no era parte de la misión. No podía dejar que lo distrajera de su trabajo. No tenía ni idea de cómo iba a

hacer para conciliar deber y deseo.

Elena se hizo la dormida para intentar controlar la reacción que le producía tener a Joe Sánchez tan cerca. Aquella barbilla recién afeitada estaba lista para recibir besos. Las gafas escondían sus ojos. Parecía no reparar en ella en absoluto.

Deseó que pudiera hacer lo mismo, pero no paraba de recordar aquella noche en la que le había hecho el amor.

Eran un par de chiquillos sin experiencia. Ella no había sentido jamás aquella excitación y no había sabido parar lo que ocurrió.

No le había pedido en ningún momento que parara. Tampoco sabía si Joe lo hubiera hecho. Se sintió atraída por él desde que habían comenzado su amistad y había querido explorar su sexualidad con él; había deseado hacerle el amor y eso era exactamente lo que había sucedido. Lo que no se había esperado en absoluto era la molestia y el dolor. La realidad del acto no tenía nada que ver con lo que se había imaginado que sería hacer el amor.

Por eso, opinaba que había mucho mito en torno a ese tema. El sexo no tenía nada que ver con lo que decían las películas o los libros. Podía seguir viviendo perfectamente sin él, tal y como había hecho hasta el momento.

Siempre había culpado a Joe de todo. De hacerle el amor, del dolor y, sobre todo, de la humillación que le hicieron sufrir sus amigos.

Aquella experiencia le hizo mirar a la vida y al futuro de otra manera. Decidió que ningún otro hombre la haría sufrir jamás.

Sabía que la gente había comentado durante años a su alrededor que no tenía pareja, pero le daba igual.

Se concentró en sacar bien la carrera y lo consiguió.

Cuando vio la fotografía de Joe, había creído que no tendría ningún efecto sobre ella, pero le daba la impresión de que su vida iba en círculos. Estaba de nuevo en Santiago y de nuevo con Joe. Lo peor era que seguía excitándola sexualmente, algo que no le sucedía con los demás hombres.

Por mucho que intentara convencerse a sí misma de lo contrario, la realidad era que cuando lo veía se le aceleraba el corazón, cuando sonreía le flaqueaban las piernas y, para colmo, se moría por tocarlo.

¿Qué le estaba ocurriendo? Llevaba once años creyendo que lo odiaba; él era el hombre que la había apartado del sexo, y llevaba babeando desde que lo había vuelto a ver.

Llevaba dos noches teniendo sueños eróticos con él. Se despertaba temblando y excitada. No sabía qué iba a pasar con ellos dos. No podía permitir que aquello interfiriera en su trabajo. Debía controlarse.

Por suerte, iba a ver a Chris en unas horas. Eso la ayudaría a recobrar la perspectiva.

—Estás muy callada —dijo Joe tras otra hora al volante.

—Estaba disfrutando del paisaje —mintió.

—Llegaremos a San Antonio en media hora. ¿Dónde quieres ir primero?

—¿Por qué no me dejas en el centro comercial? No creo que te apetezca mucho venir de compras conmigo. Además de mis cosas, tengo que comprar unas cuantas para mi madre.

—De acuerdo. Yo tengo que comprar unos cuantos recambios para el taller.

Además, tendré que comprar algo para la fiesta de esta noche. No creo que a Tina le haga mucha gracia si me presento en vaqueros.

—Yo también tendré que mirar algo —apuntó Elena mirando el reloj—. Vamos a llegar como a las once y media. ¿Te parece bien que quedemos a las dos y media?

Así tendremos tiempo de ir luego a mirar los ordenadores.

Elena se sorprendió a sí misma. Estaba hablando con calma cuando, en realidad, estaba que se moría de los nervios ante el primer encuentro con Chris. Era una misión muy importante. No podía meter la pata. Estaba corriendo un riesgo innecesario al ir a San Antonio con Joe. Para colmo, se dio cuenta de que le había dicho que iba a ir de compras, con lo cual tendría que aparecer cargada de bolsas.

Estupendo.

Confió en no tardar mucho con Chris. Al menos, el informe iba a ser positivo.

Todo estaba saliendo bien. Intentó calmarse.

Lo único que no tenía controlado era lo que sentía cuando estaba con Joe.

Capítulo 6

Cuando estaban llegando, Elena bostezó.

—Perdón, es que ayer me quedé leyendo hasta tarde —se disculpó. No le iba a decir que no había dormido bien por su culpa.

—Si no recuerdo mal, leías todo lo que caía en tus manos.

—Sí, me suelen gustar más las vidas que leo que la mía —declaró arrepintiéndose al segundo. ¿Qué tenía aquel hombre, que le confesaba sus pensamientos más íntimos?

—Me ha sorprendido mucho que hayas vuelto a Santiago. Recuerdo que siempre dijiste que querías irte de aquí como fuera.

—Sí, bueno, me he tenido que tragar mis palabras. La verdad es que, tras quedarme sin trabajo, no tenía otro sitio donde ir hasta encontrar otra cosa. ¿Y tú por qué has vuelto?

—Siempre supe que acabaría volviendo para cuidar de mi madre.

«Este hombre es demasiado bueno para ser real», pensó Elena. Desde luego, si estaba obteniendo ingresos del tráfico ilegal, debía de estar quedándoselos él, a juzgar por su casa. Tal vez, cuando metiera mano a sus papeles, encontrara algo.

Claro que, seguramente, no tendría nada que esconder si la había contratado.

Eso no quería decir que estuviera cuidando de su madre y de otros parientes gracias al dinero extra que podía estar obteniendo de sus actividades ilícitas. Daba igual el motivo. Si estaba haciendo algo ilegal, ella debía descubrirlo, a pesar de sus sentimientos hacia él.

No estaba tan decidida como al principio. Ese era el problema de conocer demasiado bien a un sospechoso. Todo el mundo tenía varias facetas. Nadie era bueno o malo al cien por cien.

Por el bien de Joe y el de su madre, rezó para que estuviera diciendo la verdad.

Por desgracia, su parentesco con otro sospechoso hacía más que probable que tuviera algo que ver.

Había mucho tráfico y Joe no la dejó en el centro comercial hasta las doce.

Llegaba una hora tarde a la reunión con Chris. Fue a toda prisa

hasta el Hotel Marriott y entró en el vestíbulo.

Llamó a Chris por teléfono; él le dio el número de su habitación y Elena subió.

Al llegar a la puerta 312, respiró hondo y llamó.

—Entra y cuéntame —le dijo Chris al abrir la puerta—. He pedido comida —le dijo, indicándole una mesa con emparedados y té con hielo.

—Estupendo —contestó ella mirando por la ventana desde la que se veía el río.

—Bueno, creía que habíamos quedado a las once.

Elena se sirvió un vaso de té antes de contestar.

—Sí, pero Joe ha llegado tarde y...

—¿Cómo? Espera, espera, espera. ¿Te refieres a Joe Sánchez?

—Efectivamente. Hemos venido juntos.

—¿Te has vuelto loca?

—Mucho mejor que eso —contestó Elena quitándose los zapatos —. Estoy trabajando para él —añadió dándole un mordisco al emparedado. Tenía hambre.

—Hombre, maravilloso. ¿Te vas a meter tú también en el negocio de las drogas?

Elena se rió. Aquel era su mundo, su verdadera vida, no Santiago ni Joe Sánchez.

Se pusieron al día el uno al otro. Elena le contó que iba a tener oportunidad de revisar las finanzas de Joe, y Chris le dijo que aquella misma mañana había llegado una lista con más gente para vigilar y que estaban controlando todas las matrículas que podían de los vehículos que cruzaban la frontera. Cuando Elena le dijo lo de la fiesta, Chris se irguió en la silla.

—¿Esta noche vas a casa de Francisco Delgado? Buen trabajo, Elena.

Ella se rió.

—Bueno, ha sido una casualidad que me invitaran, pero voy a tener que ir a comprarme algo —Chris sonrió—. Nos vemos la semana que viene —añadió Elena—

Ya me inventaré algo para poder venir una vez por semana.

—Si te ves en problemas y no puedes controlar la situación, llámame —le aconsejó Chris.

—Dalo por hecho —dijo levantándose y pintándose los labios—.

Bueno, tengo prisa. ¿Te vas a quedar a pasar la noche?

—Sí, tengo que hacer un par de cosas y me iré mañana por la mañana.

—Muy bien. Nos vemos la semana que viene si alguien no confiesa antes, claro.

Ambos se rieron y Elena se fue.

Volvió al centro comercial a toda velocidad. Tenía que comprarse un vestido para la fiesta y más cosas para no levantar las sospechas de Joe. No podía gastarse mucho porque se suponía que estaba sin trabajo.

Fue al departamento de cocina y compró unas cuantas cosas para su madre.

Luego compró unas cuantas blusas, también para su madre, que no solía gastarse dinero en ella misma.

Ya llevaba unas cuantas bolsas, así que se fue a comprar el vestido. Eligió uno verde, a juego con sus ojos. Tenía un cinturón y una faldita corta. Era de fiesta, pero no recargado.

Con todos los recados hechos, fue a la esquina donde había quedado con Joe, que apareció al cuarto de hora, y lo ayudó a meter los paquetes en la furgoneta.

—Lo siento, pero es que el tráfico está fatal. Espero que no llevaras mucho esperando —se disculpó él.

—No, no te preocupes —dijo Elena, sacando un papel del bolso —. Mira, he visto esta tienda de ordenadores. Parece que tienen buenos precios.

—Muy bien.

Para cuando salieron de la tienda, Joe tenía ordenador e impresora nuevos, además de papel y otro material de oficina. Elena se sorprendió de lo fácil que era ir con él de compras.

Se había dejado asesorar por ella sin importarle el precio. Su confianza en ella había hecho que se sintiera incómoda, probablemente porque no era correspondida.

Mientras conducía, Joe la miró y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Al cabo de un rato, volvió a mirarla.

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

—No, pero tienes una sonrisa maravillosa —contestó Joe. Elena frunció el ceño

—. Cuando éramos pequeños, no solías sonreír. Desde que has

vuelto, has sonreído de vez en cuando y me encanta verte sonreír —dijo agarrándole la mano—. Quiero verte feliz, siento que hayas perdido el trabajo. Sé que te habrá afectado, aunque no lo digas. Tú nunca te quejas. Ojala pudiera hacer algo.

Maldición. ¿Por qué tenía que decir cosas así?

—Ya lo has hecho. Me has dado trabajo y me has comprado un ordenador para hacerme las cosas más fáciles. ¿Qué más puedo pedir? —dijo con una alegría que no sentía.

Joe condujo varios kilómetros sin decir nada.

—¿Qué pedirías si te concedieran ver tus sueños hechos realidad?

Elena cerró los ojos para no ver su intensa mirada. ¿Por qué no se estaba calladito como durante el camino de ida?

—Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad —contestó mirándolo.

—Lo digo en serio.

—Yo, también. Me gustaría que las personas arreglaran sus diferencias de forma pacífica y no con armas. Me gustaría que nuestro país diera más importancia a la sanidad y a la educación en lugar de gastar tanto dinero en hacer de policías del mundo.

—¿Y dónde estarías tú dentro de ese mundo?

Elena tuvo que pensárselo. En realidad, se quedaría sin trabajo si no hubiera necesidad de hacer cumplir las leyes, pero le daba igual. No podía decirlo, claro.

—Yo sería feliz casada y con hijos.

—Lo dices como si eso fuera imposible —apuntó él frunciendo el ceño.

—Bueno, tal vez algún día ocurra. ¿Contento?

La miró de tal manera que a ella se le aceleró el pulso.

—Ni por asomo.

Cuando llegaron a casa de Joe, estaba anocheciendo,

—Te recojo dentro de una hora. ¿Te dará tiempo? —preguntó Joe mientras metían las bolsas en el coche de ella.

—Sí.

—Mientras tanto, voy a ver si puedo instalar el ordenador.

—Si quieres, lo instalo yo mañana.

Joe se rió.

—Sí, creo que será mejor —dijo agarrándola de la mano—. Me

lo he pasado muy bien. No suelo tener días libres. No me había dado cuenta de que me he convertido en un esclavo de la rutina.

Ella retiró la mano.

—Bueno, me tengo que ir. Nos vemos en una hora.

Al subirse al coche, se dio cuenta de que estaba temblando. ¿Qué tenía aquel hombre que no tenían los demás? ¿Por qué no podía controlar sus emociones?

No tenía respuestas.

—¡Guau! —exclamó Elena al ver la mansión rodeada de jardines —. No sabía que hubiera casas así en Santiago.

Joe entró por las enormes cancelas de hierro y dejó el coche en un aparcamiento.

Dos hombres de uniforme les abrieron la puerta como si la vieja furgoneta fuera un BMW. Joe les dio las llaves mientras ella admiraba el esplendor de la casa, de estilo mediterráneo y con enormes terrazas.

—No quiero ni pensar lo que debe costar mantener una casa así —comentó ella mientras él la agarraba de la mano y se dirigían hacia la entrada.

—Cisco le consiente demasiado a Tina. Ella necesitaba hacer algo y él le dijo que diseñara su casa. Este es el resultado.

—No creo que haya muchos maridos tan complacientes.

—Bueno, eso depende de a quién estés intentando complacer —contestó Joe acercándose a ella.

—¿Me estás diciendo que dejarías a tu mujer hacer algo así?

—¿Con mi presupuesto? —rió Joe—. Me temo que no, pero Cisco se lo puede permitir.

—¿A qué se dedica?

—Tiene empresas en México, fábricas, almacenes y oficinas que alquila.

—No sabía que esos negocios dieran tanto dinero.

—No sé mucho del tema, la verdad. Parece ser que tiene contactos con políticos de ambos lados. Se alegró mucho cuando se aprobó la nafta y pudo empezar a pasar productos a Estados Unidos sin tanto escrutinio como antes.

Llegaron al final de las escaleras y las puertas se abrieron automáticamente. Allí estaba Tina, vestida de blanco, pero de alta costura. A su lado estaba, un hombre delgado, con un traje hecho a

medida. Elena se lo imaginó perfectamente con una pistola en la mano. Tenía la piel mucho más oscura que la de Tina y unos ojos negros impenetrables. Lucía un bigote perfectamente arreglado.

—Vaya, Joe, me alegro de verte, compadre —lo saludó dándole una palmada en la espalda.

—Hacía tiempo que no nos veíamos, Cisco —dijo Joe agarrando a Elena de la cintura—. Quiero presentarte a una querida amiga mía. Elena Maldonado. Elena, te presento a Francisco Delgado, nuestro anfitrión.

Tina palmoteo encantada.

—Me alegro tanto de que hayas venido, Joe. No habría sido lo mismo sin ti.

Estás guapísimo —se dirigió a Elena—. Parece que tienes mucha influencia sobre mi primo. Ninguna otra mujer había conseguido antes que se arreglara y viniera a una de mis fiestas. Te felicito —dijo sonriéndole.

Elena miró a Joe y él sonrió.

—Nosotros tenemos que esperar a los demás invitados, pero pasad y sentíos como en casa. Hay comida, bebida y una orquesta en la terraza de abajo, si os apetece bailar.

—No había conocido nunca a nadie que me impusiera tanto respeto —comentó Elena cuando se habían alejado—. ¡No sabía si darle la mano, hacerle una reverencia o postrarme a sus pies!

Joe echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Ay, Elena. Cómo he echado de menos tu sentido del humor. Me alegro de que hayas vuelto.

Durante la velada, Elena fue conociendo a más gente. Algunos le sonaban y otros, no, pero todos tenían algo en común. A juzgar por las joyas y los vestidos, todos tenían mucho dinero.

La comida era maravillosa y su copa de champán siempre estaba llena. A medida que fue pasando la noche, se fue relajando y empezó a disfrutar de la fiesta.

En realidad, empezó a disfrutar de la compañía de Joe.

Cuando la sacó a bailar, le recordó la fiesta de graduación.

—Esto me trae recuerdos —dijo Elena.

—Espero que sean buenos —apuntó él, acercándose tanto que ella notó su excitación.

Elena lo miró y sonrió.

—Ahora que lo dices, algunos son buenos. Puede que me haya pasado demasiados años recordando solo los malos.

Bailaron dos canciones sin decir nada.

—No sé si este es el momento o el lugar, pero tengo que confesarte algo.

Parecía tan serio que Elena, que tenía la cabeza apoyada en su hombro, levantó la mirada.

—¿Qué tipo de confesión?

—Quiero confesarte por qué me comporté como un amante malísimo aquella vez. Sé que probablemente hayas renegado del sexo por mi culpa, pero fue porque nunca había deseado a nadie como te deseaba a ti. Mis sentimientos me desbordaron y me comporté como un idiota.

Aquello la pilló completamente por sorpresa. Primero, sacaba el tema, pero, además, decía que se había dado cuenta de que a ella no le había gustado y que él no tenía mucha más experiencia que ella. Le estaba confesando que le importaba entonces, que lo que había ocurrido había sido para él tan importante como para ella.

¿Se habría dado cuenta de que, desde entonces, ella no había vuelto a tener ningún encuentro sexual? Aquello le hizo pegar un respingo. ¿Era tan obvio?

Elena paró de bailar y se apartaron de la pista.

—Sabía que no era ni el momento ni el lugar —siguió diciendo Joe.

—¿Perdiste el control? —preguntó ella sin aliento.

Joe la miró a los ojos.

—Sí. Me he pasado muchas noches pensando en lo que ocurrió y en cómo me comporté. Si no nos hubieran interrumpido, tal vez podría haberlo hecho mejor la siguiente vez. ¿Quién sabe? Entonces, no tenía ni idea de cómo complacer a una mujer.

—¿Me estás diciendo que ahora sí? —preguntó Elena sonriendo.

Joe miró al horizonte y luego a sus manos, que seguían entrelazadas.

—No es que tenga mucha experiencia, pero la suficiente como para saber la faena que te hice. Para colmo, aparecieron aquellos imbéciles con las linternas. No sé cómo una noche que había empezado tan bien acabó tan mal —añadió. Elena miró al horizonte. No sabía qué decir—. Siempre soñé con poder arreglarlo.

Elena sintió varios escalofríos a la vez.

—¿Y cómo pensabas hacerlo, exactamente?

Joe la miró intensamente.

—Me gustaría llevarte a un lugar privado donde no hubiera riesgos de interrupciones. Una habitación con una buena cama, para que estuviéramos cómodos y nos pudiéramos lanzar sin prisas a explorarnos mutuamente, a descubrir qué nos gusta. Me gustaría darte placer, Elena, en todos los sentidos. Me gustaría besar y acariciar todo tu cuerpo, hasta no poder más.

Elena se lo estaba imaginando. Veía la habitación, la cama y a ellos desnudos encima. Le flaqueaban las piernas.

—No sé qué decir —murmuró.

—Di que sí y nos vamos ahora mismo.

—Perdón —ambos se giraron como si los hubieran pillado haciendo algo ilegal

—. Siento interrumpiros, pero me gustaría hablar contigo un momento, Joe —dijo Cisco mirándolos con curiosidad. Sonrió a Elena—. Ahora mismo te lo devuelvo.

—No pasa nada —contestó ella, sonriendo también a pesar de las protestas de Joe—. No quería monopolizarlo toda la noche.

Cisco se alejó dando por hecho que Joe lo seguiría.

Cuando se fueron, Elena tomó aire y miró su copa. No debía beber más o terminaría haciendo una tontería.

—¿Y Joe? —preguntó Tina, que había aparecido de repente—. Se ha pasado toda la noche mirándote encandilado.

Elena se rió.

—No creo que sea para tanto, pero gracias.

Tina dejó de sonreír y la miró con una seriedad que pilló a Elena por sorpresa.

—Joe está enamorado de ti, Elena. Deberías saberlo.

—Pero si me acabas de conocer. ¿Cómo sabes eso?

—Sí, es cierto que nos acabamos de conocer, pero conozco muy bien a mi primo. No cuenta nada, pero en todos estos años no ha demostrado ningún interés por las mujeres. Su madre me contó que Joe tenía una amiga en el instituto, alguien con quien pasaba mucho tiempo. Me dijo que no lo había visto tan feliz nunca. Pasó algo y él cambió, se encerró en casa y no quería ni salir con sus amigos. Joe lo pasó muy mal aunque nunca le dijo por qué. Esa

chica, Elena, eres tú. Te quería entonces y te quiere ahora.

Elena no sabía qué decir. No podía pensar con claridad. Su cuerpo no se había recuperado de lo de Joe y Tina le estaba diciendo que estaba enamorado de ella.

—¿Cómo conoces tanto sobre sus sentimientos?

—Joe es muy especial, Elena. Es un hombre que entiende las cosas sin necesidad de que se las cuentes. Sabe escuchar. Ayuda a la gente. Sin embargo, está solo. Sé que me considera un petardo, pero tiene paciencia conmigo. Lo llevo observando toda la noche y he visto a un hombre que nunca había visto. Un hombre con luz. Cada vez que te mira, brilla. Por favor, no le vuelvas a hacer sufrir. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—le dijo tocándole el brazo.

Elena oyó a Cisco y Joe, que volvían. Sonrió.

—¿Qué tal estás, cariño? —preguntó Cisco a Tina—. No quiero que te canses —

añadió tocándole la tripa.

Elena se dio cuenta de lo mucho que la quería. Aquello lo volvía más humano.

—¿Y tú? ¿Quieres que nos vayamos a casa?

La pregunta era de lo más inocente, pero Elena sintió que de su respuesta dependía que su vida cambiara. Lo miró y asintió.

—Sí, creo que sí.

Capítulo 7

Joe la agarró de la mano y ambos se despidieron y dieron las gracias a sus anfitriones. Salieron de la casa sin intercambiar ni una sola palabra. Les trajeron la furgoneta, se subieron y se fueron.

Recorrieron el camino por la autopista en silencio. Al llegar al cruce, Elena aguantó la respiración. ¿Seguiría recto a casa de su madre o torcería a la derecha para ir su casa?

No quería mirarlo. No sabía ni qué pensar. Se sentía exactamente igual que cuando se habían ido de la fiesta de graduación.

Lo miró y vio que tenía la vista fija en la carretera y las manos clavadas en el volante. Lo estaba apretando tan fuerte que tenía los nudillos blancos.

Elena se giró lentamente y lo miró de frente. Llevaban un tiempo sin moverse.

Cuando él se giró igual de lentamente para mirarla, Elena vio miedo al rechazo en su cara. Alargó la mano y le tocó el muslo. Joe dio un respingo como si hubiera recibido una descarga eléctrica y le apretó la mano.

Metió primera y puso rumbo a su casa.

Aparcó delante del porche, se bajó, le abrió la puerta, la agarró de la mano y la ayudó a bajar. La guió hasta la puerta, sacó la llave y abrió. Una vez dentro, no paró hasta llegar a su habitación.

La cama estaba deshecha, pero él colocó las sábanas. Todo con una mano porque con la otra la tenía a ella agarrada, como si temiera que se fuera.

Se giró y la miró.

—Ya sé que no es un sitio demasiado bonito —dijo, pero Elena lo interrumpió poniéndole un dedo sobre los labios. Le quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla.

Joe se estremeció.

Joe aprovechó que Elena estaba colocando la chaqueta de espaldas a él para bajarle la cremallera del vestido. Lo único que quedaba era el cinturón, que la propia Elena se desabrochó. Agarró el vestido y lo dejó en la misma silla.

—Eres tan guapa —murmuró Joe con voz temblorosa—. Esto es

como un sueño

—añadió, acariciándole el cuello—. He soñado tantas veces con este momento, que podría estar soñando, perfectamente.

Elena le quitó la corbata, la camisa y el cinturón.

—Soy real, Joe, muy real.

Joe se quitó los zapatos y el resto de la ropa. Elena se quitó la ropa interior y las sandalias.

Se quedó esperando.

Joe se acercó y le acarició el pecho haciendo que los pezones se pusieran duros.

Luego, hizo lo mismo con la lengua.

Elena lo abrazó y él la llevó a la cama. Elena veía sus músculos y la intensidad de su erección. Él la miró mientras, ella le acariciaba el torso con un dedo, el abdomen. Se paró un momento antes de seguir bajando y, una vez allí, le hizo gemir de placer con sus caricias.

—Bueno —sonrió Elena—. ¿Qué era eso que íbamos a hacer cuando estuviéramos solos?

Joe sonrió.

—Eh, vamos a ver, es que me había desconcentrado un poco —murmuró tumbándose encima de ella—. Creo que había dicho que iba a explorar tu cuerpo... —

añadió acariciándole los pechos y chupándole los pezones.

La sensación era indescriptible. Nadie le había hecho nunca nada parecido.

Mientras jugueteaba con sus pechos, a Elena le llegaba el aroma de su champú. Le oía respirar con dificultad, intentando controlarse. Elena tomó aire, le acarició la mejilla y le pasó los dedos por el pelo.

Joe levantó la cabeza y se encontró con su boca.

Se besaron sin parar mientras sus manos masculinas exploraban el cuerpo de Elena. Mientras sus lenguas jugaban, las manos de Joe hacían magia en su cuerpo.

Joe paró para tomar aire. Elena ardía en deseo. Quería más, mucho más. Lo agarró de los hombros. Sin decir nada, lo instó a que le hiciera el amor.

Él se colocó encima y ella abrió las piernas para que tuviera espacio. Notó su miembro y recordó el dolor de la primera vez.

Instintivamente, se estremeció, pero se relajó rápidamente y levantó las caderas para recibirlo.

Joe bromeó entrando levemente en su cuerpo y retirándose rápidamente. Elena lo agarró de las nalgas y lo empujó hasta sus profundidades. Qué placer volverlo a sentir dentro. No le dolía. Solo sentía placer. Elena le pasó las piernas por la cintura para que no se escapara y él comenzó a moverse. El ritmo se hizo cada vez más frenético y Elena se sintió proyectada a un nuevo mundo de sensaciones. Con una última embestida, Joe dio un grito y la abrazó. Alcanzó el orgasmo unos segundos después que ella.

Elena lo abrazó con fuerza. Por fin, entendía lo que había leído en los libros.

Aquello era sentirse uno. Le acarició la espalda y experimentó el placer de sentir sus músculos en las manos.

Joe levantó la mirada y ella le sonrió. La besó antes de hacerse a un lado.

—No era este el plan inicial. Yo quería hacerte el amor más lentamente —dijo jadeando.

—Yo no me he quejado —comentó ella riéndose.

—Me parece que sigo sin poder controlarme contigo. Me habría ayudado si no hubiera estado excitado desde el primer momento que te vi. Además, llevaba mucho tiempo sin tener una relación sexual.

—No sé por qué pides disculpas, pero, si quieres seguir practicando, por mí, no hay ningún problema.

Joe se rió y la abrazó.

—Deberías saber que los hombres necesitamos un tiempo para recuperarnos.

—Ah, de acuerdo —dijo ella con voz somnolienta.

—Hombre, supongo que habrás tenido tus relaciones —Elena negó con la cabeza sin mirarlo. Joe le levantó la cabeza—. ¿Qué me estás diciendo?

—Yo no he dicho nada.

—¿Qué no me estás diciendo, entonces?

—Que me tengo que ir a casa o mi madre se va a creer que me ha pasado algo.

Joe se quedó mirándola. Ella lo miró a los ojos. No tenía nada de lo que avergonzarse. Pues no, no había vuelto a querer tener

relaciones sexuales después de aquella primera vez.

—Ni te he preguntado si utilizas algún método anticonceptivo. Si he entendido bien, no tendrías razón para hacerlo, ¿verdad? —Elena asintió—. Muy bien. Yo solo tengo un preservativo en la cartera y no sé si no estará ya caducado. Si quieres, voy a ver.

Elena sonrió y asintió. Joe se levantó de la cama y volvió con un envoltorio en la mano como si fuera una medalla.

Durante los siguientes minutos, Elena aprendió otra lección de educación sexual.

Se despertó con Joe abrazado a ella como para que no se fuera.

—¿Joe?

—¿Mmm?

—Me tengo que ir.

Él bostezó y asintió.

En el trayecto, le pasó el brazo por los hombros y la arrimó cerca de él.

—Ya sé que habíamos dicho que mañana montábamos el ordenador, pero lo vamos a tener que dejar para más adelante.

—¿Por qué?

—Uy, se me había olvidado decírtelo. Cisco me ha pedido que sustituya a uno de sus conductores, así que estaré fuera un par de semanas.

—¿Vas a trabajar para Francisco Delgado? —preguntó con el corazón en un puño.

Joe la miró con curiosidad.

—Sí, lo hago de vez en cuando. ¿Por qué?

«Tranquilízate», se dijo Elena.

—Me sorprende porque tienes un montón de coches en el taller.

—Sí, es cierto. Mañana tendré que llamar a varias personas para decirles que me voy a retrasar. Lo último que me apetece es irme precisamente ahora.

—¿Por?

—Porque no quiero que tengas tiempo de construir otro muro entre nosotros.

Elena sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

—No te preocupes por eso —contestó—. Si quieres, ya me encargo yo de conectar el ordenador. Así, podré empezar a trabajar mientras tú estás fuera, si te parece bien.

—Muy bien.

—Lo único que necesito son unas llaves.

—Tengo una copia en casa. Te dejaré la puerta de atrás abierta y las llaves en la mesa. Muchas gracias, cariño. Volveré lo antes posible.

Llegaron a su casa y Joe apagó las luces. La acompañó hasta la puerta y se despidieron.

Elena lo vio alejarse desde la ventana del salón y subió en silencio a su dormitorio.

Tenía que pensar en cómo afectaba lo que había ocurrido, no solo a ella, sino a su trabajo. Sabía que Joe no podía estar metido en nada ilegal. Lo sabía. Pero tenía que seguir investigando para descubrir quién estaba traficando. Tal vez no fuera nadie de Santiago. Había otros sospechosos de otros lugares.

Se acordó de Tina y de lo feliz que estaba en la fiesta. El bebé iba a marcar una gran diferencia en su vida.

Un bebé. Ella también podía estar embarazada. Le costó asimilarlo. Nunca había tenido relaciones, así que nunca se había visto en esa situación. No sabía cómo sentirse. En realidad, no sabía cómo sentirse ante nada de lo que estaba pasando.

Decidió pensarlo al día siguiente.

Cuando entró en la cocina al día siguiente, su madre estaba sentada a la mesa.

Tras comentar lo divertida que había sido la fiesta, Elena se tomó un par de aspirinas y juró no volver a beber champán en su vida.

—Joe estaba muy guapo —comentó Sara. Elena sonrió al recordarlo. Estaba como cuando la había ido a buscar años atrás para aquella otra fiesta—. Menuda sonrisa de tonta se te ha quedado. Cualquiera diría que te estás enamorando de él.

—Puede que así sea, mamá. ¿Sería tan malo?

«¿Y tú carrera qué?», se dijo a sí misma, saliendo de su ensimismamiento.

—Tendría su parte buena. Así no te irías.

«Me iré de todas formas, mamá. No puedo vivir aquí», pensó Elena.

Sara le preparó un buen desayuno y Elena se fue a casa de Joe a instalar el ordenador. Al llegar y ver la cama deshecha tuvo que

enfrentarse a la realidad a la luz del día y sin alcohol en las venas. Se había acostado con un sospechoso.

¿Habría echado a perder la operación? Pero hacer el amor con él le había parecido más importante que cualquier otra cosa, en el momento. Se había dado cuenta de lo que se había estado perdiendo todos aquellos años.

Se encontró anhelando que volviera a la ciudad y a su cama. Había tantas cosas que quería hacer con él, tantas cosas que quería sentir y hacerle sentir.

Elena se apresuró a cambiar las sábanas y a hacer la cama. Puso la lavadora y, sin darse cuenta, se puso a registrar la casa.

Al no encontrar nada incriminatorio, experimentó la mayor sensación de alivio de su vida. Joe no podía estar implicado. Lo sabía.

De muy buen humor, se fue a trabajar. Al final de la jornada, había adelantado mucho.

Se fue a casa, se metió pronto en la cama y soñó con hacer el amor con Joe.

—Así que crees que Joe Sánchez no tiene nada que esconder —repitió Chris a la semana siguiente.

Estaban sentados uno enfrente del otro en la habitación de otro hotel de San Antonio.

—Lo único que he averiguado es que tiene parentesco con Francisco Delgado, pero no podemos culparlo del comportamiento de su pariente.

—Los camiones que han cruzado esta semana eran todos de Delgado. A pesar de las investigaciones, no hemos encontrado nada —dijo Chris disgustado—. Si está traficando, nos ha burlado bien. Hemos desguazado los camiones, descargado la mercancía, buscado puertas falsas. Nada. Parece que está limpio.

—¿Habéis coincidido con Joe Sánchez en alguno de los registros?

—Sí. Se mostró de lo más solícito. Incluso ayudó a la policía a descargar el camión, sin rechistar.

—¿Qué crees que está ocurriendo?

—Mi teoría es que está probado que hay alguien de la policía de fronteras o del departamento antidroga que sabe exactamente qué camiones hay que mirar y qué otros, no.

—Ya nos dijeron que esto no iba a ser fácil —comentó Elena mirando por la ventana.

—Tengo un plan —sonrió Chris—. He tenido tiempo para pensar y me he dado cuenta de que tenemos vigiladas las fronteras y registramos los camiones que las cruzan, pero no lo estamos haciendo en las pequeñas poblaciones como Santiago.

—No hay manera de hacerlo sin que la policía mexicana o algún agente sobornado se dé cuenta.

—¿Y si yo me presento de repente haciéndome pasar por tu novio? —preguntó Chris con una sonrisa—. Tendríamos la excusa perfecta. Haríamos ver que me estás enseñando la zona y yo me haría pasar por el típico turista preguntón.

—Supongo que podría dar resultado —contestó Elena preguntándose qué le iba a decir a Joe.

—Ya se lo he comentado a Sam y le parece bien. Me ha dicho que me pusiera de acuerdo contigo, así que tú decides cuándo y cómo aparezco.

De camino a casa, Elena decidió no decirle nada a Joe. No podía poner en peligro la vida de sus compañeros. Lo mejor era apresar cuanto antes a los traficantes y demostrar que Joe no tenía nada que ver.

Fue a su casa con la esperanza de que hubiera vuelto, pero su furgoneta no estaba, así que se dio la vuelta y se fue a su casa.

Diez días después, Joe entró en su casa. El barrio estaba de lo más tranquilo a las dos de la madrugada. Estaba molido.

Entró en la cocina y, al encender la luz, comprobó que estaba más limpia que cuando se había ido. El salón se había convertido en un despacho. El ordenador estaba sobre la mesa y la impresora con papel. Había una carpeta con varias hojas en las que ponía: «preguntar a Joe».

Cuando entró en su dormitorio, se quedó de piedra. Elena había colgado cuadros y había comprado un edredón a juego con las cortinas. Había convertido la estancia en un lugar donde apetecía dormir.

Intentó relajarse bajo el chorro de la ducha, tras más de dos semanas de duro trabajo.

Tenía los ojos rojos por la falta de sueño. Se había pasado varias noches en blanco. La culpa no lo había dejado dormir.

Se había prometido una y otra vez que no iba a mantener ninguna relación. Lo último que necesitaba era estar con Elena.

Estando con ella, se había olvidado de su misión y había sucumbido a su sueño dorado de poder hacerle el amor.

Aquello lo había desconcentrado todavía más. Se pasaba el día recordando aquella noche.

Al volver a casa y ver las mejoras que había hecho, se dio cuenta de que no era el momento de iniciar una relación con ella.

Odiaba mentirle, le estaba dando a entender que era lo que no era. Se preguntó cómo iba a reaccionar cuando se enterara de la verdad.

Capítulo 8

Joe se despertó oliendo a café. Miró el reloj. Eran más de las diez. Se puso los vaqueros y se lavó la cara antes de ir a la cocina, donde, efectivamente, había un café recién hecho.

Se sirvió una taza y oyó a Elena.

—Por fin te has levantado.

Casi tiró el café al darse la vuelta. Allí estaba ella, con unos pantalones cortados y una camiseta larga. Se dio cuenta de que, con las prisas, no se había atado el botón de los vaqueros, solo los llevaba sujetos con la cremallera hasta una altura casi indecente.

—Tendrías que haberme despertado —le dijo, preguntándose si Elena se habría dado cuenta de que con solo verla su cuerpo ya estaba en alerta.

—Entré, pero parecías muy cansado —le dijo con una dulce sonrisa.

—Tú, sin embargo, estás estupenda —dijo él, olvidándose del café. Dejó la taza en la encimera y se acercó a ella. La abrazó y la besó con toda la pasión y la intensidad de los días que había estado fuera.

Elena lo recibió encantada. No necesitó más. La agarró de las nalgas y la llevó a su habitación sin parar de besarla.

La dejó sobre la cama, se quitó los vaqueros y se tumbó entre sus piernas. Elena se rió ante su premura. Joe alargó la mano y sacó una caja nueva de preservativos del cajón de la mesilla. Elena le ayudó a quitar el envoltorio y, en pocos segundos, Joe estaba dentro de ella.

—¿Te he dado los buenos días? —preguntó Joe, apoyado en los codos antes de volver a besarla con pasión y dejar que su cuerpo imprimiera el ritmo adecuado a sus movimientos.

Joe cerró los ojos. Sí, allí era donde quería pasar el resto de sus días. Si la vida fuera tan sencilla, claro.

—Desde luego, es un buen día —contestó ella—. Me alegro de que hayas vuelto.

Él le desabrochó la camisa a toda velocidad y le quitó el sujetador. Le acarició los pechos con un suspiro de alivio y le chupó los pezones. Le encantaba ver su reacción cuando hacía aquello. Se

sonrojaba y le brillaban los ojos. La quería como no había imaginado nunca que podría amar.

Aguantó hasta que sintió los primeros espasmos que le indicaban que ella estaba llegando al clímax y luego se dejó ir con ella.

—Me he dejado la puerta de atrás abierta. Espero que no estés esperando visita

—dijo Elena cuando recobraron el aliento.

—Si tiene que venir alguien, le diré que venga más tarde, mucho más tarde —

contestó el dibujando las curvas de su cuerpo. Se encontró con que se había excitado de nuevo. Nunca se cansaba de ella.

Aquella mujer iba a ser su ruina.

Varias horas después, el estómago de Joe protestó ante la falta de comida y ambos rieron.

—No creo que haya comida. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo al café de Rosie? —profuso Joe. Se levantó de la cama y fue hacia el baño. Volvió y levantó a Elena—. Venga, tardaremos menos si nos duchamos juntos. Me muero de hambre.

Me has dejado exhausto.

—Lo dudo —dijo ella, mirándolo de arriba abajo y acariciando cierta parte de su anatomía—. Me alegro de que todo tu cuerpo se alegre de verme —añadió metiéndose en la bañera.

Aquella caricia obró el milagro. Para su asombro, aquella parte de su cuerpo que creía exhausta volvió a la vida de nuevo. Joe sacudió la cabeza sin poder creérselo y se metió en la bañera.

Sentados en el café de Rosie, se dio cuenta de que lo que sentía por ella iba mucho allá del deseo. Se imaginó pidiéndole que se casara con él. No, no podía ser.

No era el momento de casarse con nadie, ni siquiera con el amor de su vida.

—Estás muy callado. ¿Tan cansado te he dejado? —preguntó Elena a mitad de la comida.

—No has sido tú. Ha sido el trabajo. Cisco me ha tenido trabajando sin parar.

Menos mal que paga bien.

—Creía que los camioneros no ganaban mucho.

Joe se encogió de hombros.

—Él sabe que yo tengo el taller, así que me recompensa por

dejarlo desatendido.

—Hay algo que quería hablar contigo —dijo Elena, mientras disfrutaban de la maravillosa tarta de limón de Rosie.

Con el estómago lleno, Joe se sentía mucho mejor. No estaba tan desesperado sino más decidido a dejar que las cosas se desarrollaran como se tuvieran que desarrollar.

—Has encontrado otro trabajo —dijo, dando un trago al café.

—No, no es eso.

—Bueno, me rindo. Dime —Joe estaba tan feliz que pensó que nada de lo que pudiera decirle iba a empañar su felicidad, a no ser que... dejó la taza en la mesa lentamente—. ¿No estarás embarazada?

—No, no estoy embarazada —dijo ella negando con la cabeza.

Joe se dio cuenta de que estaba intranquila.

—¿Entonces? —preguntó él agarrándole la mano.

—Joe, me cuesta mucho decirte esto. Entre nosotros no hay nada, solo amistad.

Hemos sido amigos muchos años...

—¿Qué? —dijo Joe sintiendo una punzada de dolor en el pecho —. ¿Estás hablando de nosotros?

Elena parpadeó sorprendida.

—¡No! Me refiero a Chris Simmons.

—¿Y quién diablos es ese?

—Te lo acabo de decir. Es un amigo mío. Lo conozco hace mucho y ha venido a verme —se apresuró a aclarar.

—¿Está aquí? ¿En Santiago? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos días. No sé exactamente desde cuándo —contestó ruborizada y sin mirarlo a los ojos—. Está en el hotel del centro, así que no creo que tarde mucho en irse —añadió, intentando hacer una gracia para rebajar la tensión ante el nuevo rumbo que tomaba su relación.

—Ya —dijo Joe—. ¿Y se puede saber qué hace aquí si solo sois amigos?

—No se lo he preguntado. Yo me quedé tan sorprendida como tú cuando me llamó desde San Antonio y me dijo que había conseguido mi teléfono por unos amigos que tenemos en común y que, como nunca había estado en Texas, iba a venir a verme. Vino y he estado unos cuantos días enseñándole la zona, ya sabes,

haciendo el turista.

Joe la miró un par de minutos sin decir nada. No le caía bien aquel tipo. Pero si no lo conocía, ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Cómo no iba a haber hecho ella amigos en todos aquellos años?

—¿Dónde está?

—No estoy muy segura. Me dijo que quería pasar por México para comprar unos regalos a su familia.

—Entonces, ¿esta mañana estabas en mi casa por casualidad?

—No. He ido a tu casa todos los días para ver si habías vuelto. Cuando esta mañana vi tu furgoneta, supuse que tendrías algo que hacer para mí —dijo sonrojándose.

—Y no te has equivocado. Eres una buena ayudante —sonrió él.

—¿Queréis algo más? —preguntó Rosie retirándoles los platos.

—No, gracias. Como siga comiendo, no voy a poder salir de aquí —contestó Elena haciendo reír a Rosie.

—¿Y cuándo voy a conocerlo? —preguntó Joe.

—No lo sé —contestó Elena encogiéndose de hombros—. No sé hasta cuándo va a quedarse.

—¿Por qué no lo invitas a mi casa la próxima vez que te llame?

—De acuerdo.

Mientras Joe pagaba en la barra, Elena lo esperó fuera.

«Así que esto es tener celos», pensó Joe sintiéndose algo avergonzado. ¿Cómo podía un adulto como él, que no tenía ningún derecho sobre Elena, tener aquel sentimiento de posesión sobre ella? Pagó y fue hacia ella, que estaba mirando el horizonte, pensativa.

Parecía sola y, por alguna razón, Joe pensó que así debía de haber pasado la vida. A pesar de que se había alegrado de verlo, pensó que había algo raro en ella y no sabía qué.

Tal vez fueran imaginaciones suyas.

—¿Volvemos a casa? —le preguntó con una sonrisa, al salir.

—Sí —contestó Elena—. Tengo varias preguntas que hacerte.

Joe le pasó el brazo por los hombros con cariño.

—Tengo varias respuestas. Elige la que tú quieras.

Aquella misma noche, Elena fue a ver a Chris a su hotel.

Entró sin mediar palabra con él cuando le abrió la puerta y se sentó en el borde de la cama.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó.

—Creo que sí, pero no lo sé.

Elena suspiró.

—Sánchez ha vuelto —dijo. Chris asintió—. Quiere conocerte.

—¿A mí? —exclamó él sorprendido—. ¿Cómo sabe que estoy aquí?

—Ya te dije que tendría que decírselo antes de que otra persona le dijera que me habían visto contigo en su ausencia.

—¿Crees que me presentará a Delgado?

—No creo. No le hace mucha gracia que hayas venido a verme.

—¿De verdad? ¿Se está volviendo un poco posesivo con su nueva ayudante?

—Parece que sí.

—¿No será algo más?

Elena lo miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Estás diferente, no sé qué es, pero en DC eras una mujer que vivía para el trabajo y aquí estás más relajada y... mucho más sexy. Es la primera vez que te veo las piernas. ¿Es tu arma secreta, Maldonado?

—Muy gracioso.

—¿Te está sobrepasando la misión? —preguntó en serio.

—Puedo con ello —contestó Elena—. Pero, sí, quiero terminar ya. No me gusta mentir a mi madre. Ella cree que voy a quedarme, que me casaré...

—¿Con quién? ¿Con Sánchez?

—Supongo, ya que es el único al que veo. Se pasa el día lanzando indirectas sobre que quiere tener nietos. Madre mía.

Chris se rió.

—Eso lo hacen todas las madres.

—¿La tuya, también?

—Sí, pero le he dicho que sé que tú nunca te casarás conmigo y que no hay otra mujer para reemplazarte en mi corazón —fingió.

—¿Cómo? —preguntó Elena dando un respingo.

Chris se rió a carcajadas.

—¡Es broma! ¡Es broma! —la tranquilizó—. Tranquila.

—Tienes un sentido del humor muy peculiar, Simmons.

—Pero me quieres, ¿verdad?

—Venga, ya está bien.

Chris dejó de sonreír.
—Me preocupas. Me parece que Wilder no sabía en lo que te estaba metiendo cuando te encargó esta misión.
—Puedo con ello.
—Pero te está costando. Bueno, no voy a decir nada más —dijo agarrando una carpeta de la mesa y contándole cómo iban sus pesquisas—. Hace dos noches, cruzó un camión que no fue registrado en la frontera. Por casualidad, hubo un lapso de siete minutos en el que no hubo policía ni de un lado ni del otro y fue justo cuando cruzó ese camión.
—¿Lo parasteis?
—Sí, como a unos veinte kilómetros al norte de aquí, pero estaba limpio.
Creemos que ya había realizado la entrega para cuando lo paramos.
—¿Qué te hace pensar que había algo?
—La sorpresa del conductor. No paraba de preguntarnos quiénes éramos y qué autoridad teníamos para pararlo. No quiso darnos información sobre el dueño del camión ni de por qué había cruzado la frontera con el camión vacío.
—¿Te vio?
—No, no quiero que nadie de la zona pueda conocerme.
—¿Era un hombre de Delgado?
—El camión era de una de las empresas de Delgado.
—¿Detuvisteis al conductor?
—No podemos. No teníamos ningún motivo. Le pedimos la documentación y lo dejamos ir. Creo que lo asustamos, que le hicimos preguntarse si su plan es tan seguro como creen. Me parece que los estamos poniendo nerviosos. Eso es bueno porqué podrían meter la pata.
—Con que se equivoquen una vez, les saltaremos encima —dijo Elena—.
Espero que sea pronto.
—Yo también. Hace un calor de muerte en tu tierra.
—¿No sabes que cuando un texano muere y tiene alguna posibilidad de ir al infierno se lleva un abrigo por si acaso? —dijo Elena levantándose—. Me voy a dormir. Mantenme al tanto. Si te parece bien, quedamos en un par de días para que conozcas a Joe.

—Muy bien.

Elena asintió y salió de la habitación sigilosamente. El vestíbulo del hotel estaba desierto. Bien. Si la veían saliendo de allí, no le haría ningún bien a su reputación.

Salió a la calle, se montó en su jeep y se fue a casa.

No vio a Joe sentado en su furgoneta al otro lado de la calle.

Capítulo 9

Elena terminó con las facturas de la semana v se reclinó en la silla suspirando de satisfacción.

Joe llevaba en casa tres semanas. Durante el día, Elena se ocupaba de sus facturas y, por la noche, de él.

Al final, Joe y Chris se habían conocido. Ambos se habían mostrado educados, pero Elena creyó percibir cierta hostilidad en el ambiente. Tal vez, había sido su imaginación. Chris se fue a los pocos días.

Se había dado cuenta de que, desde que había conocido a Chris, Joe le hacía el amor de manera más intensa, más posesiva, incluso frenética, como si quisiera dejar claro que era suya.

Elena estaba desesperada. Sabía que aquella relación no iba a ninguna parte. Le había mentido, había dejado que creyera que iba a quedarse en Santiago. Todo era una mentira, excepto el amor que sentía por él.

Él era el único hombre al que había amado en su vida y sabía que nunca se enamoraría de otro. Ya no tenía motivos para permanecer allí.

Su investigación sobre la posible implicación de Joe en alguna actividad ilegal había dado como resultado un informe negativo al respecto.

Chris y el resto del equipo estaban investigando a otras personas y la necesitaban. El problema era que no sabía cómo decirle a Joe que tenía que irse.

Aquella misma mañana, le había dicho a su madre que había aceptado un trabajo en la costa este. Había llegado a casa de Joe con la intención de decírselo también a él. Sin embargo, se lo había encontrado reparando un coche y luego él había tenido que ir a comprar recambios.

Decidió ver cómo se desarrollaba el día. No sabía cómo explicarle que, a pesar de lo que había entre ellos, había elegido su profesión y no a él.

Aunque Joe nunca le había dicho que la quería, Elena sabía que su relación era importante para él. Probablemente, era mejor que ninguno de los dos hubiera revelado sus sentimientos.

Tal vez, un día miraran atrás y recordaran con cariño el tiempo que pasaron juntos explorando el sexo. Desde luego, ella había aprendido mucho con Joe.

Pero la lección más dura de asimilar era que su profesión tenía prioridad sobre sus sentimientos.

En el tiempo que llevaba con él, había descubierto cosas sobre Joe que él no quería que los demás supieran, pero que no eran en absoluto ilegales.

Cuando sabía que algún cliente no estaba pasando por un buen momento económico, le decía a Elena que le mandara la factura más tarde y, a veces, le decía que la rompiera.

Tenía un pariente lejano de dieciséis años que le pagaba arreglándole el jardín.

Sonrió y pensó que era un santo. Además, se ocupaba de su madre. Iba a verla todos los días.

Oyó la puerta y, al poco, Joe estaba mirándola con una lata de refresco en la mano, cansado, muerto de calor y malhumorado.

—Un mal día, ¿eh? —le dijo con cariño.

—¿Tú qué tal? —dijo Joe.

—Yo ya he terminado, así que, si me das el día libre, yo encantada.

—Me parece una idea estupenda.

Era el momento perfecto para decirle que ya no necesitaba su ayuda y que se iba. Se inclinó y agarró el bolso.

—Pues me voy.

—No, no te vas. Te vienes conmigo.

—¿Adónde?

—A un sitio tranquilo y solitario.

—¿Estás borracho?

—No. Lo que estoy es harto de trabajar. Soy el jefe, así que puedo tomarme el día libre. Vamos a tu casa, te pones el bañador, vamos al café de Rosie a comprar la comida y nos escapamos esta tarde.

Podía decirle que no, que tenía que hablar con él, pero aquello sonaba muy bien. Tal vez, tras unas horas de asueto, se lo tomaría mejor.

Asintió, él sonrió y fue a su dormitorio. Elena apagó el ordenador y ordenó todo. Le dejó notas explicando cómo tenía que

hacer todo desde donde ella lo había dejado. Miró a su alrededor. No iba a ser fácil irse, pero, al menos, sabía que Joe no estaba metido en nada ilegal.

Joe llegó con toallas y quedaron en casa de Elena. Mientras conducía hacia allí, se convenció a sí misma de que se merecía un último día con el amor de su vida.

Unas horas más y tendría que sacar fuerzas de algún sitio para decirle que se iba.

Para cuando se pusieron en carretera, era casi la una.

—Espero que el sitio donde me llevas no esté muy lejos. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que has entrado en la furgoneta con la comida.

Huele de maravilla.

—Sí, ha sido una idea estupenda —sonrió Joe—. Me alegro de que lo propusieras.

—¿Yo?

—Claro. Cuando dijiste que no había razón para que siguieras trabajando hoy, me di cuenta de que yo también podía tomarme el día libre. Me has sido de gran ayuda desde que llegaste. ¿Te lo había dicho?

—Unas cuantas veces. La verdad es que los primeros días fueron duros, pero ya está todo terminado. No creo que te cueste mucho empezar desde donde yo lo he dejado.

—¿Me estás diciendo sutilmente que lo dejas?

Elena no contestó enseguida. Cuando lo hizo, no fue una contestación directa a la pregunta.

—No me gusta aceptar tu dinero cuando no estoy haciendo mucho.

Muy bien. Había puesto la semilla. Aunque Joe le había dado la oportunidad perfecta para decirle que se iba, Elena sabía que aquel día era importante para ambos. Él se merecía un descanso y ella quería pasar un día más con él.

Joe no dijo nada más hasta que tomaron un camino sin asfaltar a más de treinta kilómetros de la ciudad.

—Pero ¿dónde me llevas? —preguntó Elena mirando a su alrededor.

—A un lugar que encontré cuando era pequeño. No sé de quién es, pero si tuviera dinero lo averiguaría y se lo compraría. De

momento, me conformo con venir de vez en cuando.

—¿No viene nadie?

—Yo nunca he visto a nadie. Eres la primera persona a la que traigo aquí —

contestó Joe aparcando bajo la sombra de un árbol cerca de un arroyo y agarrando la comida—. Tú encárgate de las toallas.

—Madre mía, lo que me faltaba en un día caluroso como hoy. Una excursión a pie.

—Efectivamente —contestó él alejándose—. Vas a tener que ganarte la comida.

Tras un rato de caminata, llegaron a una cueva. Elena tuvo que agachar la cabeza para no darse con el techo. Al fondo se veía luz.

—No sé cómo encontraste este lugar, pero no me extraña que no venga nadie —

comentó.

Siguió anclando, salió de la cueva y vio justo delante un claro con césped y un gran lago con una cascada.

—Oh, Joe, esto es precioso —dijo extasiada—. Es como un paraíso en miniatura.

Joe siguió andando y, a los pocos minutos, llegaron al lugar exacto donde quería comer. Colocó un gran mantel bajo un árbol al lado del lago, se sentó, y comenzó a sacar la comida.

Elena lo ayudó y se rió al ver la cantidad de comida que les había puesto Rosie.

Había un termo con agua y otro con limonada, pollo frito, ensalada de patata, de col, pepinillos y dos enormes trozos de bizcocho de chocolate.

—Como me coma toma esto y me bañe después, me voy a ir al fondo del lago directa.

—Entonces, vamos a darnos primero un chapuzón y nos refrescamos. Luego, ya comeremos y nos echaremos una siesta.

—¿Ha merecido la pena venir hasta aquí? —preguntó Joe, una vez en el agua.

— Sí, claro que ha merecido la pena. Eres una caja de sorpresas. Es como si nadie hubiera estado aquí nunca.

—Sí, eso me parece a mí siempre que vengo. Hacía tiempo que no venía, por cierto, y me alegro de que todo esté igual.

Joe se acercó a ella nadando y Elena se quedó sin aliento. Era

tan depredador, tan macho. Había hecho el amor con él muchas veces en las semanas anteriores como para reconocer aquella mirada.

—¿No llevas bañador? —le preguntó.

—No.

—¿Y para qué me lo he puesto yo?

—Por si aparece alguien. Además, te queda de miedo —le dijo abrazándola.

—Gracias por traerme aquí.

—Se me tendría que haber ocurrido antes —contestó él, con el agua por el pecho. Elena le puso las piernas alrededor de la cintura. Sabía muy bien que lo único que lo separaba de él era la fina tela del bañador.

Joe la retiró y se introdujo en su cuerpo. Elena cerró los ojos para que él no viera lo mucho que significaba aquello para ella. Estaban tan bien juntos... Era impresionante lo bien que les iba.

Elena se echó hacia arriba y se dejó caer sobre él.

—Mmm —gimió él acariciándole la nuca.

—Como mínimo —murmuró ella volviéndolo a hacer, Apretó los tobillos y siguió haciéndolo hasta que él se hizo cargo de la situación y comenzó a moverse con rapidez. Ambos gritaron a la vez y permanecieron abrazados varios minutos. Luego, Elena se soltó y se fue nadando hasta la cascada, con la esperanza de que Joe no se diera cuenta de la neblina que empañaba sus ojos.

—Eso no ha sido muy inteligente —dijo él acercándose.

—¿Qué?

—Hemos tenido cuidado desde la primera vez, pero, claro, los preservativos están en la orilla —dijo besándola—. La verdad es que no me importaría que te quedaras embarazada.

—Eh,... bueno, no sé, quiero decir, no es el mejor momento —contestó, preguntándose cómo se podían haber olvidado de algo tan importante.

—Vamos a comer —dijo él.

Elena lo siguió hasta la orilla y admiró sus maravillosas nalgas desnudas, que estaban más blancas que el resto de su cuerpo. Joe se secó, se puso los vaqueros y se sentó.

Después de comer, se quedaron dormidos uno al lado del otro. Elena se había acostumbrado a su cercanía por las noches. Se

preguntó cómo iba a vivir sin él.

Joe la despertó por la tarde.

—Hemos debido de estar durmiendo por lo menos dos horas —comentó Elena.

—¿Tienes prisa? —le preguntó él abrazándola.

—No, pero sería mejor irnos con luz.

—También podríamos quedarnos aquí para siempre y olvidarnos del resto del mundo.

—Eso suena estupendo.

—Sí, pero no podemos hacerlo —dijo él retirándole un mechón de pelo ele la cara—. Bueno, cuéntamelo.

—¿El qué?

—Lo que llevas intentando disimular desde esta mañana.

—¿Se me nota tanto?

—Cuando llegaste, vi una tristeza inmensa en tus ojos. Cuéntamelo.

Elena tomó aire un par de veces.

—He aceptado un trabajo en la costa este. No podía decirles que no. El problema es que tengo que incorporarme ya.

—O sea que sí me estabas diciendo esta mañana que lo dejabas —Elena cerró los ojos y apoyó la cara en su pecho—. No sé por qué me sorprendo. Siempre dijiste que no te gustaba vivir aquí.

—Me gustaría explicarte algo.

—No hace falta. Me alegro de lo que hemos compartido. Nunca lo olvidaré.

Elena se tragó las lágrimas. Él no iba a pedirle que se quedara. Aunque lo hiciera, no podría quedarse, pero eso él no lo sabía. Tampoco iba a pedirle que se casara con él. Tal vez, nunca lo había considerado.

Joe se incorporó.

—Tienes razón. Será mejor que nos vayamos antes de que oscurezca.

Recogieron sin mediar palabra y se alejaron de aquel maravilloso lugar en silencio.

«Es mejor así», se dijo Elena varias veces. Se lo había tomado mejor de lo que ella esperaba. Tal vez habría preferido que Joe protestara un poco más.

Una vez en la furgoneta, Elena se colocó pegada a él. Debido a

los baches, Joe necesitaba las dos manos en el volante, pero cuando llegaron a la autopista, la abrazó con fuerza contra él. Cuando llegaron a casa de su madre, ya era de noche.

Joe paró el coche y apagó las luces.

—No hay motivos para que me mientas y lo sabes. Nunca te he pedido más de lo que quisieras darme.

—¿Crees que te he mentido? —preguntó ella con el corazón en un puño.

—Sé por qué te vas, Elena. No soy tonto.

Elena sintió que estaba siendo presa del pánico. No podía saberlo, era imposible.

—Me temo que no sé de qué me estás hablando.

Joe suspiró.

—Pues es muy fácil. Todo iba bien hasta que apareció tu amigo Chris. Ahora, de repente, encuentras un trabajo cerca de él. Verás, sé que te veías con él. Te vi salir de su hotel un par de veces.

—¿Me seguiste?

Joe asintió.

—Necesitaba saberlo. Esperaba que tú me lo contaras, pero me di cuenta de que no era esa tu intención. Al final, supuse que era tu forma de vengarte por lo que pasó cuando éramos pequeños. Tú siempre has creído que todo aquello fue por una estúpida apuesta y, en cuanto has podido, me la has devuelto.

Elena lo miró sin dar crédito.

—¿Es eso lo que crees?

—Eso es lo que sé.

—¿Y has seguido haciendo el amor conmigo?

—Al principio, supuse que acabarías confesándomelo. De hecho, creía que lo ibas a hacer hoy, pero, cuando vi la cara que se te quedó cuando te pregunté si dejabas el trabajo, me di cuenta de que había más, aparte de admitir que me habías estado utilizando desde que llegaste.

—Joe, no es eso.

—Entonces, dime lo que es.

Elena lo miró fijamente. Aquel dolor tan intenso que estaba sintiendo debía de ser su corazón rompiéndose en mil pedazos.

—No puedo.

—Entonces, supongo que no te importará que yo saque mis

propias conclusiones —dijo él abriéndole la puerta de la furgoneta.

—Joe —le dijo, una vez en el porche—. No me has contestado. Si no confiabas en mí, ¿por qué has seguido haciendo el amor conmigo?

Joe la miró lánguidamente e intentó sonreír.

—Porque merecía la pena.

Se dio la vuelta y se fue.

Capítulo 10

Cuatro meses después

—A ver si acabamos ya con este caso y volvemos a Washington —se quejó Chris—. Nunca te había visto tan deprimida, Elena.

Estaban sentados en su jeep, en una carrera solitaria cerca de Río Grande. Según la información que tenían, esa noche iban a obtener las pruebas que llevaban persiguiendo seis eses.

—No estoy deprimida —mintió ella—. Solo estoy cansada. A ver si terminamos hoy esto y podemos estar en casa para el día de Acción de Gracias.

—¿Lo pasarás con tu madre?

—No. Ella cree que estoy en Maryland de nuevo y le he dicho que no podía ausentarme porque llevo muy poco en el nuevo trabajo.

—Estás harta de mentir, ¿verdad?

—Forma parte de este trabajo. Solo necesito unas vacaciones.

—¿A dónde te gustaría ir?

Antes de que pudiera contestar, oyeron la voz de Sam por la radio.

—Aquí vienen.

Chris y Elena salieron del coche y fueron hacia la carretera. Elena estaba orgullosa del trabajo que estaban haciendo. Habían descubierto que tres policías aceptaban sobornos, y las pruebas que esperaban encontrar esa noche lo demostraría.

Ya sabían por qué los camiones estaban limpios. Les habían estado dando información falsa. Los camiones cruzaban por otros sitios.

Estaba bien pensado. Los narcotraficantes tenían buenos contactos. No había sido fácil enterarse del envío, pero dos de los agentes infiltrados en México habían conseguido la información.

Había que tener mucho cuidado. No sabían de quién podían fiarse, así que estaban solos.

Elena oyó los camiones que se aproximaban. Sintió el subidón de adrenalina y el miedo. Aquello era muy diferente a trabajar en un despacho con un ordenador.

El primer camión no vería el control hasta que hubiera dado la

curva y, para entonces, el tercero y último tendría otro control detrás.

Todos llevaban chalecos antibalas y casco. Contaban con que hubiera dos hombres en cada camión.

Oyó la exclamación del conductor del primer camión al encontrarse con la maleza que habían colocado en mitad de la carretera. Paró el vehículo, habló con su acompañante y se bajaron. El segundo camión también estaba parado y el tercero estaba frenando. Ya debían de estar colocando el control de retaguardia. Entonces, todo ocurrió muy deprisa. De repente, se encendieron unos focos y oyeron un altavoz. Empezaron a llegar camiones militares por todas partes.

—¿Qué está pasando? —dijo Chris—. ¿Quién diablos son estos?

—Salgan de los camiones con las manos en alto. Despacio y nadie saldrá herido.

Despacio… —estaba diciendo el hombre del altavoz.

Elena oyó un disparo y el sonido de una ametralladora.

Chris y ella se tiraron al suelo y rodaron a cubierto, con las armas en la mano.

Con todos aquellos gritos y disparos, Elena pensó que no saldría viva de allí. Solo pensaba en Joe. Deseó haberle dicho que su amor no había tenido nada de mentira.

A los pocos minutos, cesó el tiroteo y los agentes detuvieron a los hombres de los camiones. Oyó a Sam que quería saber quién estaba al mando de los soldados. Un teniente coronel vestido de camuflaje se les acercó.

—Coronel Grady Davis. ¿Qué están haciendo ustedes aquí?

Sam le mostró sus credenciales.

—¡Podría hacerles la misma pregunta! Llevamos meses con este caso. Estaban pasando drogas e inmigrantes ilegales y los hemos pillado con las manos en la masa.

—Siento decirle que también han estado pasando armas robadas al ejército americano. Compruébelo con sus propios ojos.

Elena se giró y vio que los soldados estaban sacando de los camiones cajas llenas de armamento militar.

En ese momento, Chris llegó corriendo.

—Elena, ven conmigo.

—¿Qué pasa? ¿Han herido a alguno de los nuestros?

—Sí, a dos, pero no es grave. Johnson tiene un tiro en la pierna y Farnsworth otro en el brazo —contestó—. Uno de los conductores está muy mal.

—Lo siento, pero el tiroteo ha sido incontrolado. Tal vez, empezara él a disparar.

Chris la agarró del brazo.

—Es Joe Sánchez, Elena.

Ella lo miró incrédula.

«No, no puede ser. Joe no. No puede estar aquí. Yo me aseguré de que no estaba haciendo nada. Ya no era un sospechoso. No puede ser Joe», se dijo, desesperada.

Llegó al lugar donde había varios hombres heridos. Había médicos limpiando heridas, vendando, poniendo vías y preparando a los heridos para ser trasladados al hospital.

Cayó de rodillas junto a Joe. La herida que tenía en el pecho sangraba abundantemente Estaba tumbado, con los ojos cerrados.

Estaba equivocada. Joe trabajaba para Delgado. Había dejado que sus sentimientos por él la cegaran.

Nunca había encontrado nada que lo inculpara, pero allí estaba. Era la prueba definitiva.

No podía parar de llorar. No le importaba lo que pensaran sus compañeros ni los soldados. La operación había sido un éxito. Sam Walters estaría llamando ya a Wilder a Washington para que procedieran a detener a los hombres que llevaban meses vigilando.

Francisco Delgado caería pronto.

Un éxito.

Elena no oía nada. Ni los gritos, ni las conversaciones. Solo tenía ojos para Joe, que había resultado ser el enemigo.

Lo habían tapado con una manta, le habían colocado una chaqueta bajo la cabeza y le habían tenido que romper la camisa para atenderlo.

Elena le agarró la mano.

—Oh, Joe —susurró—. Lo siento mucho.

Joe abrió los ojos con dificultad y la miró.

—Elena —dijo con voz pastosa—. ¿Qué... haces aquí...?

—Lo mismo te digo. Joe, ¿por qué lo has hecho? Creí que eras inocente.

Joe cerró los ojos.

Elena no paraba de llorar.

—Perdón, señora, tenemos que llevárnoslo —dijo una voz.

Elena miró hacia arriba y vio a dos soldados con una camilla. Observó cómo lo metían en el camión, que desapareció a los pocos minutos.

Miró a su alrededor. Había llegado la policía local y estaban metiendo a los camioneros que no estaban heridos en coches patrulla, mientras los militares seguían bajando cajas de armas.

Sam les informó que habían detenido a Delgado mientras dormía en su casa y que otros dos agentes de fronteras estaban en el hospital porque habían opuesto resistencia a su detención.

—¿Y los que se han llevado de aquí? ¿A qué hospital los han llevado? —

preguntó Elena al jefe de policía—. Conocía a uno de ellos.

—¿De verdad? Menuda coincidencia.

—No. Es que yo soy de Santiago e íbamos juntos al instituto.

—Qué pena. Es más duro cuando conoces a los implicados.

—Sí, desde luego —contestó ella mirando a la carretera, Elena consiguió ir al hospital a los dos días porque tuvo que ayudar a Sam con el papeleo. No se sentía orgullosa de haber colaborado para que Joe fuera a acabar en la cárcel.

«Podría no haberse metido en eso», se dijo. Joe había elegido su camino por razones que ella seguramente nunca entendería. Recordó la última tarde que habían pasado juntos. Había estado tentada de contarle la verdad. Había estado a punto de tirar su carrera por la borda, de poner en peligro una operación.

Si lo hubiera hecho, él se lo habría contado a Delgado y la operación entera, todos aquellos meses de trabajo, esfuerzo y dinero, no habrían servido de nada.

Aparcó el coche en la puerta del hospital de Corpus Christi, donde habían llevado en helicóptero a los más graves a las pocas horas de producirse el tiroteo.

Entró en el edificio y fue al mostrador de recepción a preguntar.

—Lo siento, pero no tengo a nadie ingresado con ese nombre —le contestó la enfermera.

—Lo trajeron ayer con herida de bala. ¿Tal vez esté en la UCI?

—Si quiere, vaya a preguntar a la planta donde está esa unidad.

Elena estaba tan cansada que se preguntó cómo aguantaba en

pie. Sin embargo, necesitaba saber cómo estaba Joe. Luego, se iría a un hotel a dormir.

Al salir del ascensor, se dio de bruces con el mostrador.

—Lo siento, pero aquí no se admiten visitas —la informó una enfermera.

—Estoy intentando localizar a una víctima de un tiroteo que ingresó ayer por la noche.

—¿Cómo se llama?

—Joe Sánchez.

La enfermera consultó una carpeta.

—¿Es usted pariente del señor Sánchez?

Elena negó con la cabeza.

—Soy una amiga. Estaba allí cuando le dispararon.

—Lo siento, pero el señor Sánchez ha muerto. Nunca recobró el conocimiento.

Lo siento.

Capítulo 11

Sentada en el patio de la casa que había alquilado en la playa, Elena observaba las olas romper contra la arena.

Le costaba creer que estuvieran a mediados de diciembre. En Estados Unidos había un temporal de hielo y nieve, pero en el Caribe siempre era verano.

Se miró el cuerpo ligeramente bronceado. Llevaba más de dos semanas en pantalones cortos, pero con protección total para evitar un melanoma. Le pareció gracioso pensar en morir de cáncer. Daba igual, la gente moría comiera bien o mal, fumara o corriera maratones, se cuidaran o no.

La gente moría y no se podía hacer nada.

La gente confiaba en la medicina moderna, pero, a veces, tampoco funcionaba.

¿Y a quién le echaba uno las culpas cuando nada servía? Con Joe, habían hecho todo lo que habían podido.

Además, era uno de los malos, aunque ella nunca lo vería así.

Prefería recordarlo como estaba en la fiesta de Tina, con su traje gris oscuro y su camisa blanca impoluta, sonriendo y abrazándola, diciéndole lo mucho que ansiaba hacerle el amor.

Recordaba cómo lo habían hecho aquella misma noche y cómo le había demostrado lo sensual que podía llegar a ser como mujer. Pero solo con él.

Lo vio nadando en el lago aquella tarde, con el reflejo del sol sobre su piel bronceada.

Siempre que lo recordaba, lo veía bien, no con una bala en el pecho.

Nunca le había dicho que lo quería y siempre se arrepentiría de ello.

Él tampoco le había confesado su amor nunca, pero sabía que la quería. Se lo había demostrado de muchas maneras.

Habían pasado unas cuantas semanas juntos y ella, de alguna manera, había contribuido a que lo mataran. Iba a tener que encontrar la manera de vivir con ello.

No tenía ni una fotografía de él.

No estaba embarazada de él.

Elena había hablado con su madre por teléfono antes de irse de vacaciones. Sara le había dicho que había ido al entierro de Joe y que la iglesia estaba llena de familiares y amigos. Una semana después, la madre de Joe había sufrido un ataque al corazón y había muerto antes de llegar al hospital.

Francisco Delgado estaba en una cárcel de máxima seguridad en espera de juicio. Elena le había preguntado a su madre por Tina. Por lo visto, se había encerrado en su casa y se negaba a ver a nadie. Los médicos temían por ella y por el bebé.

Elena rezaba para que, al final, entrara en razón y se cuidara. Por el niño.

Ojalá ella estuviera embarazada del hombre al que había amado.

Sus tripas se quejaron y decidió comer algo. Todos los días, una mujer iba a limpiar y le llenaba la nevera. Solo tenía que comer algo, pero, a veces, se le olvidaba.

Se levantó para entrar y vio a una persona caminando por la playa. Elena lo observó, pero estaba demasiado lejos. No lo reconocía.

Estaba fuera de lugar allí. Llevaba pantalones, camisa y la chaqueta del traje al hombro. Debía de tener los zapatos llenos de arena. Había algo en él que le resultaba familiar.

El hombre la saludó con la mano.

Elena no se movió. Lo observó acercarse.

—Me alegro de verte, Elena.

—Hola, Chris. Iba a comer. ¿Me acompañas?

—Claro. Estás bastante delgada.

Elena abrió la puerta.

—Es porque como ensaladas y frutas. Hace demasiado calor para ponerse a cocinar —contestó ella, sacando fuentes de la nevera míentras le indicaba que se sentara.

—Esto es muy bonito —comentó Chris mirando a su alrededor —. ¿No tiene aire acondicionado?

—No, pero con la brisa del mar y los ventiladores se está bien.

Elena sirvió dos vasos de zumo y se sentó a su lado.

—No pareces muy sorprendida de verme. Suponía que me ibas a freír a preguntas.

—Lo siento, no se me ocurre ninguna. Tal vez, luego.

—Me gusta cómo te queda el pelo suelto.

—No le presto mucha atención, la verdad —dijo Elena tocándose el pelo, que ya le llegaba por los hombros.

—Es obvio que has estado al sol. El moreno hace que tus ojos parezcan esmeraldas.

—Qué poético, Chris. Gracias —contestó ella. Terminaron de comer y Elena sirvió más zumo—, ¿Quieres que salgamos o estás bien aquí?

—Con esta ropa, prefiero quedarme dentro.

—Muy bien —contestó ella.

—Wilder está preocupado por ti, Elena. Bueno, todos estamos preocupados por ti. Se siente culpable por haberte incluido en la misión. Sabe que te has tomado mal la muerte de Joe y que necesitas tiempo, pero quieren saber cuándo vas a volver.

—No lo sé.

—No creo que te haga bien estar sola. Sería mejor que estuvieras con gente, que recuperaras la rutina. Wilder ha dicho que, si quieres, te dará más misiones en el exterior. Está muy contento con cómo lo hiciste en Texas.

—Qué bueno. Lo hice todo mal, en realidad.

—¿Qué dices? Los detuvimos. Nos costó, pero lo conseguimos.

—Sí, pero nunca sospeché nada de Joe. No sé cómo no nos mataron a todos.

—No es culpa tuya —Elena no contestó—. ¿Crees que fue culpa tuya?

—Puede. No lo sé. Todo fue muy rápido. Podríamos haber terminado disparando a los soldados, ellos a nosotros y los camiones yéndose.

Chris sonrió.

—Eso habría sido difícil de explicar después.

—Podría haber sucedido. Tuvimos suerte de que no fuera así. Por eso, no quiero que se me felicite por ello.

—La muerte de Joe no ha sido culpa tuya.

—Yo creo que sí.

—Me da la impresión de que has perdido el interés por las cosas.

—Probablemente sea cierto.

—Elena, tienes que salir de esta depresión.

—¿Desde cuándo eres un experto?

—Elena, ojalá pudiera ayudarte. Obviamente, entre tú y Sánchez

había algo. Si no, no estarías así.

—¿Te he contado alguna vez que Joe Sánchez fue el primer chico con el que me acosté? —le preguntó, como si estuviera hablando del tiempo.

—Sabes que no. Nunca hablas de tu vida personal.

Elena dejó caer la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos.

—Estoy cansada. Aunque duerma mucho, estoy cansada. Me cuesta levantarme, andar, moverme.

—Eso es una depresión, Elena. No voy a dejar que te hundas, ¿me oyes?

Elena ni siquiera abrió los ojos.

—Debe de estar oyéndote toda la isla.

—Para que lo sepas, tu amigo Joe te mintió.

—Cuéntame algo que no sepa. Fui yo la que lo borró de la lista de sospechosos.

Sí, mentía muy bien.

—A ver, Elena, no te mintió con lo del tráfico porque nunca hablasteis de ello.

Me refiero a su trabajo de verdad. Nunca dejó el ejército. ¿Sabías que, cuando murió, seguía en activo?

Elena se irguió y lo miró.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Estaba en Santiago en misión militar. Formaba parte de una misión de inteligencia. ¿Cómo crees que los militares se enteraron de todo? Joe les pasaba información. Por eso trabajaba para Delgado. Estaba recopilando datos.

Elena se rió.

—No lo dices en serio. Yo, la pobrecita que se había quedado sin trabajo y él haciéndose pasar por mecánico de tres al cuarto. ¡Y los dos trabajábamos para el gobierno! Menuda pareja —dijo, pasando de la risa a las lágrimas.

Chris la abrazó.

—Creí que querrías saber que era uno de los buenos.

—Sí, pero está muerto —gritó.

Chris la apretó contra su pecho hasta que el llanto se tornó en sollozos, hipo y suspiros. Entonces, le limpió la cara con un pañuelo.

—Elena, vuelve conmigo. No te hagas esto. Necesitas que pase el tiempo; tienes que retomar tu vida y dejar que tus amigos te ayudemos.

—No puedo, Chris. Todavía no. Necesito más tiempo. Gracias por tus palabras, gracias por venir hasta aquí y gracias por contarme lo de Joe. Ahora me explico muchas cosas. Me voy a recuperar, lo sé, pero necesito un poco más de tiempo.

Chris la miró y asintió.

—Muy bien. Vamos a hacer un trato. Volveré a buscarte en una semana. Hoy es doce de diciembre. Volveré el diecinueve. ¿De acuerdo? Si no quieres pasar las Navidades en Santiago, podemos ir a Washington.

Elena lo pensó. Sabía que Chris tenía razón.

—Muy bien.

—Bravo —dijo agarrando las gafas y terminándose el zumo—. Me voy.

Prométeme que vas a comer. Si no, cuando vuelva solo voy a encontrarme un saco de huesos y una mata de pelo.

Elena intentó sonreír.

—Lo intentaré —dijo poniéndose de pie.

Chris la abrazó.

—Cuídate, por favor. A Joe no le gustaría verte sufriendo así.

—No se lo creería. Él pensaba que todo lo que hice fue para devolverle lo que pasó entre nosotros cuando estábamos en el instituto.

—O eso era lo que quería que tú creyeras.

—¿Qué quieres decir?

Chris se encogió de hombros.

—Recuerda que él también era un agente secreto. Aunque hubiera querido pedirte que te casaras con él, no habría podido hacerlo. No sabes lo que sentía por ti o si te creyó o no.

—Sé que me espió cuando fui a verte al hotel.

—¿De verdad? Menos mal que no me pegó un tiro por celos. Dale el beneficio de la duda. Yo creo que es evidente que te quería, pero tenía que ignorar sus sentimientos porque tenía que hacer un trabajo.

—Como yo.

—Exactamente.

Elena tomó aire varias veces y suspiró.

—¿De verdad crees que me quería?

—Sí, no tengo ninguna duda.

—Gracias, Chris —sonrió Elena.

—No tienes por qué darlas —contestó yendo hacia la puerta—. Vendré a buscarte la semana que viene.

Elena se despertó la mañana del dieciocho de diciembre sabiendo que estaba lista para volver a los Estados Unidos.

Con la información que le había dado Chris, había hecho repaso a su historia con Joe, desde la noche en la que se habían vuelto a ver en la cantina hasta el momento en el que lo vio tumbado sobre la carretera.

Ahora se explicaba su excelente forma física. Entendía lo que le había dicho.

Más bien, lo que no había podido decirle.

Cuando hacían el amor, todo había sido verdad. Ninguno de ellos había podido ocultar sus verdaderos sentimientos entonces.

Había decidido contactar con el Coronel Davis en Washington para ver si podía conseguir una fotografía de Joe. Así, podría ver su cara todos los días.

Solo le quedaba un día en la isla y quería aprovecharlo. Se puso el biquini mientras pensaba en la vida que le esperaba. Iba a volver a trabajar de analista. Le gustaba su trabajo, y así no se pasaría todo el tiempo pensando en Joe.

Tenía que volver a la vida. Chris tenía razón. Joe no querría verla así. Si ella hubiera muerto, desearía que él fuera feliz.

No sabía si podría conseguirlo pero tenía que intentarlo.

Metió fruta y una botella de agua en la bolsa, agarró la toalla y las gafas de sol, y se fue a nadar.

El agua del mar estaba tan azul que parecía pintada, y la arena era tan blanca que cegaba. Era pronto, había amanecido hacía un par de horas. Dejó las cosas bajo una palmera y se metió en el agua.

Estuvo nadando, haciendo el muerto y observando los peces del arrecife de coral antes de volver a la orilla.

El sol brillaba con fuerza y la cegaba.

Al hacerlo, vio una figura donde había dejado sus cosas. Estaba tumbado sobre su toalla comiéndose una pieza de fruta.

—Eh, habíamos quedado mañana —dijo Elena. El hombre no

contestó—. No veo nada con este sol —añadió acercándose—. Dame las gafas... —se interrumpió al ver quién era—. No, no puede ser... —dijo cayendo de rodillas en la arena.

Joe se apresuró a acercarse y cayó también de rodillas.

—Sí, soy yo. Ahora que te veo sé que lo mal que lo he pasado estas semanas ha merecido la pena.

La abrazó y la acunó mientras ella lloraba sin parar.

Capítulo 12

Elena lo abrazó con fuerza, como si él fuera a irse. Temía abrir los ojos por si era un sueño. Si fuera así, no quería despertar.

—Eres el fantasma más de carne y hueso que he visto nunca —murmuró.

—Exageraron un poco con eso de mi muerte. Sigo vivo —bromeó él.

Elena abrió los ojos y se miró en los suyos. Vio dolor y sufrimiento. Estaba vivo.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué me dijeron que habías muerto?

—Porque así lo quiso el ejército. Yo no estaba para rechistar. No me enteré de nada. Me trasladaron a un hospital militar en Washington y me operaron. Me dijeron que había tenido suerte. Solo un pulmón dañado. Durante la recuperación, solo pensaba en estar contigo. Soñaba que te había visto en el lugar del tiroteo. La semana pasada, cuando hablé con Wilder, me enteré de que había sido así y de por qué estabas allí. Él me dijo dónde encontrarte —dijo mirando a su alrededor—. Desde luego, cuando decides irte de vacaciones, sabes elegir.

—Vamos dentro —dijo Elena—. Si me sostienen las piernas.

—Espero, porque yo no estoy para muchos trotes.

Se levantaron y Elena lo miró. A pesar de haber perdido peso y de que estaba más pálido que de costumbre, estaba maravilloso.

Lo agarró de la mano y recogió sus pertenencias.

—Lo siento, te he empapado —se disculpó—. ¿Sigues llevando vendas?

—No, me las quitaron la semana pasada. Sigo de baja. Tengo que ponerme en forma. Estaba pensando en quedarme aquí contigo.

Al llegar a la casa, Elena le dijo que se sentara mientras ella iba a por algo fresco para beber.

No podía dejar de sonreír ni de mirarlo. Temía que, si lo hacía, desapareciera.

Joe se sentó en el pequeño sofá y Elena le dio un vaso antes de sentarse a su lado.

—Me encantaría que nos pudiéramos quedar, pero Chris viene

mañana a buscarme. Creía que eras él cuando te vi en la playa.

Joe se sacó un papel del bolsillo y se lo dio.

He autorizado otros treinta días de recuperación. Te lo mereces. Gracias de nuevo por tu ayuda.

Doug Wilder

—¿Cómo diste con él?

—Él fue quien vino a hablar conmigo. Creo que tu amigo Chris le contó lo sucedido y decidió ir a hablar con el coronel Davis. Parece ser que estuvieron un buen rato hablando de cómo sus dos agentes se habían engañado mutuamente —

sonrió—. Tu jefe dice que debo de ser bueno si no conseguiste averiguar mi verdadero trabajo, porque dice que tú eres una agente muy buena.

—No sospeché nada.

—Yo tampoco, cariño. Creí que te habías quedado sin trabajo y habías vuelto a casa.

Elena no podía dejar de mirarlo. Aquello era un milagro.

—¿Quién te disparó?

—El hombre que iba conmigo en la cabina. Cuando vio a los militares, se dio cuenta de que yo los había traicionado. Menos mal que, al bajar del camión, conseguí hacerme a un lado. Si no, me habría dado en el corazón.

—Dios mío —dijo ella agarrándolo de la mano—. Sentí mucho lo de tu madre.

—Sí, ha sido muy duro. Ya había tenido un par de ataques leves y, al creer que yo había muerto, no aguantó.

—¿Por qué el ejército dijo que habías muerto?

—Por Delgado. Si supiera que estoy vivo, mandaría que me mataran. Aunque tengo un nombre muy común, tendré que seguir muerto a todos los efectos.

Probablemente, tendré que dejar el ejército. Por si acaso. Menos mal que me han ofrecido un nuevo trabajo.

—¿De qué?

—Wilder me ha ofrecido trabajar para él.

—¿Y qué has dicho?

—Que tenía que consultarlo contigo porque tú eres mi prioridad, si te parece bien.

—Me parece estupendo porque tú eres la mía.

Ambos sonrieron.

—Nunca podrás contarle a nadie de Santiago lo nuestro; y yo nunca podré volver.

Elena pensó en su madre. Iba a ser difícil no contarle que tenía otra vida, pero ya llevaba tiempo haciéndolo.

—Podré vivir con ello.

—¿Eso quiere decir que te casarás conmigo?

—Por supuesto.

Joe suspiró y cerró los ojos un momento.

—No sabes lo que me ha costado preguntártelo.

—Sí, sí lo sé. Tanto como yo deseaba que lo hicieras.

—Hasta que hablé con Chris, creía que todo lo habías hecho para vengarte —

dijo avergonzado.

—Si no estuvieras como estás, te pegaría una paliza. Nunca me habría acostado contigo si no hubiera superado aquello. Nunca habría hecho el amor contigo si no hubiera estado enamorada de ti.

Joe sonrió.

—Bien, en ese caso...

Elena se rió, lo agarró de la mano y lo condujo al dormitorio.

Abrió la cama y le indicó que se tumbara.

—No sé si voy a dar la talla —dijo con él con una sonrisa—. Esta cama tiene una pinta estupenda.

Elena lo desvistió lentamente y se desnudó también. Agarró la crema hidratante y le masajeó todo el cuerpo con cuidado.

Al llegar al pecho, le tocó la cicatriz de la bala. No se le iba a quitar, pero a ella le daba igual. Era como la medalla al honor del Congreso.

Estaba masajeándole las piernas cuando oyó que gemía.

—Perdón, ¿te he hecho daño? —preguntó retirando las manos.

—No, para nada, cariño —contestó Joe. Entonces, Elena se dio cuenta de que tenía una erección estupenda a pocos centímetros de las manos—. Creía que nunca volvería a pasar, pero parece que estoy evolucionando satisfactoriamente.

Elena sonrió, se inclinó y lo besó justo en aquella parte de su anatomía. Se puso encima sin dejar de besarlo y de acariciarlo hasta que él apretó las sábanas con ambas manos.

Le dio la vuelta con cuidado y se colocó sobre él. Los dos

alcanzaron el clímax a la vez. Elena se apartó con cuidado y se tumbó a su lado.

—Como sigas tentando a la suerte, al final, te vas a quedar embarazada.

Elena le dio un beso.

—Si no es así, me voy a llevar una gran desilusión. Me temo que todos los preservativos que habrás traído se van a ir directos a la basura.

Joe la besó y se quedó dormido. Elena le puso la mano en el pecho y disfrutó de la tranquilidad de sentir en la palma los latidos de su corazón.